

DULCE E IRRESISTIBLE



Andrea Muñoz Mañarrez

Tal y como eres I:
Dulce e Irresistible

ANDREA MUÑOZ MAJARREZ

Copyright © 2019 Andrea Muñoz Majarrez

Ilustración: © 2019 Alvaro García Bilbao

Todos los derechos reservados.

ISBN: 1-7315-2059-X

ISBN-13: 9781731520593

Sello: Independently published.

Dedicado a Bimbo, ese amigo fiel que hace que cada día sea una aventura.

A mis abuelos, que me han consentido, que han ejercido de padres cuando tocaba, que me han cuidado, me han protegido, han aguantado mis enfados, y encima, sacaban tiempo para contarme un cuento, y jugar conmigo. Gracias por hacerme tan feliz.

Prólogo

Jorge

Madrid, 1998

Era una tarde de verano cualquiera, y todos los niños del barrio estábamos jugando, desperdigados, en el parque de Arriaga, que estaba delante de la casa de mis abuelos. El parque estaba al lado del cementerio de la Almudena, que era uno de los más grandes de Europa. Recuerdo que desde el balcón de la casa de mis abuelos había una panorámica perfecta del camposanto, y en alguna ocasión, me pareció ver algún fantasma a lo lejos, caminando entre las tumbas. A pesar de que esto me daba escalofríos, no dejaba de fascinarme.

El contraste entre la vida y la muerte siempre ha estado presente en nuestro barrio, donde todos nos conocíamos. El barrio de Bilbao era como una especie de pueblo dentro de Madrid. Un oasis en la gran ciudad, donde todo se sabía, tanto lo bueno, como lo malo. Yo solía estar casi todos los días con mis abuelos, que eran quienes cuidaban de mí y de mi hermana Irene, que es tres años más pequeña que yo.

Nuestros padres, por aquel entonces, se estaban separando, y quedarnos al cuidado de nuestros abuelos era la única forma de mantenernos alejados de sus interminables discusiones, ya que les importaba poco montar el lío, aunque estuviéramos delante.

Años después, cuando yo también empecé a tener relaciones sentimentales, entendí muchas cosas que eran incomprensibles para mí hasta entonces. Como que la mayoría de las veces, estás tan centrado en discutir y en hacer daño al otro, que no eres capaz de controlar tus emociones ni considerar lo que tienes a tu alrededor. Sobre todo, si tu rival en esa batalla es la persona que lo ha sido todo para ti durante un tiempo.

Tenía mi propia pandilla de amigos, formada por mis vecinos Lucas, Jaime y Juan, todos vecinos de los bloques contiguos al de mis abuelos. Nos conocíamos desde que llevábamos chupete. Nuestros padres habían sido amigos desde niños, así que era natural que nosotros siguiéramos la misma senda.

En nuestra pandilla también estaban mi hermana Irene, Manuela y Julia. Siempre jugábamos al fútbol, al escondite o a lo que surgiera. Nunca nos aburríamos. Y en verano, nos íbamos dos veces al día al quiosco que había a la salida del parque, y nos comprábamos helados o alguna bebida que nos ayudara a soportar el calor asfixiante de Madrid.

En aquella época, yo tenía quince años y era el gordito del grupo, al igual que mi hermana Irene, que también tenía algo de sobrepeso. En el barrio no tenía problemas porque nadie solía meterse conmigo. No así en el instituto, donde algún insulto me caía de vez en cuando. Pero como tenía amigos que siempre me apoyaban, los insultos y las bromas de mal gusto no me afectaban demasiado.

Tanto mi hermana Irene como yo parecíamos dos bolas de billar, y a pesar de esto, mi abuela pensaba que estábamos delgados. Según ella, estábamos creciendo y debíamos alimentarnos bien. Por este motivo, nos daba un buen bocadillo de lomo para la merienda, o nos preparaba un filete después de comer unas lentejas de las suyas, bien cargadas. Mi madre se ponía de los nervios, porque ella era muy estricta con la alimentación, y al final, siempre acababan discutiendo. Igualmente, la batalla estaba perdida. Debido al trabajo, no le quedaba otra que dejarnos al cuidado de mis abuelos, así que, mi abuela siempre hacía lo que le venía en gana, y nos consentía sin control. Porque según ella nos decía, para eso están los abuelos, para consentir.

Ese día hacía un calor asfixiante, y decidimos sentarnos en el césped, bajo una arboleda donde podríamos disfrutar de la sombra. Previamente, habíamos ido al quiosco a comprar unos helados. Yo me estaba metiendo entre pecho y espalda un Frigodedo, que se estaba empezando a derretir por la parte de abajo. Por eso, empecé a devorarlo a toda prisa, dando lametones sin parar. Me estaba poniendo perdido, pero poco me importaba, porque para mí, comer helado era como estar en el paraíso.

Se unió a nosotros Carla, amiga de mi hermana y nieta de la señora Engracia, que vivía en el bajo del bloque donde estaba la casa de mis abuelos. Era una chica tímida, de la edad de mi hermana, delgada como un espárrago,

con el pelo largo de color castaño claro, que en verano se llenaba de mechas rubias, y los ojos color miel. No solíamos verla mucho por allí, porque vivía a las afueras de Madrid, en Miraflores de la Sierra, y solo venía al barrio de vez en cuando. Era una amante de los animales, y siempre se llevaba consigo a su tortuga Michelangelo, que, en esos momentos, estaba tumbada sobre el césped, un poco adormilada por el calor.

A nosotros no nos dejaban tener mascotas, porque nuestros mayores estaban convencidos de que pasaríamos del perrito o del gatito de turno que siempre les pedíamos, en cuanto hubiera que sacarle a pasear.

Yo estaba feliz comiéndome mi helado, y charlando con mis amigos, cuando, de repente, apareció la chica de mis sueños. Paula era también vecina del barrio, pero pertenecía a otra pandilla. Era la chica más bonita que había visto en mi corta vida. Más incluso que mi mito erótico de entonces, Pamela Anderson. Recuerdo verla correr a cámara lenta en los Vigilantes de la playa, mientras mi hermana hacía lo propio con David Charvet.

Paula paseaba con sus amigas, Piluca y Rocío. Las tres eran perfectas, y nos tenían locos a Juan, a Lucas y a mí. Jaime pasaba de ellas, porque bebía los vientos por Manuela.

En esos momentos, Paula lucía su sonrisa perfecta, y su sedosa y larga melena rubia se mecía de un lado a otro, mientras su cuerpo escultural parecía moverse a cámara lenta. No tenía defectos. Al menos para mí. No sé cuántas veces he soñado con ella. En todos mis sueños, ella era mi novia y paseábamos juntos, agarrados de la mano, despertando la envidia de todos.

De repente, miró hacia donde estábamos, y sonrió. Mi corazón empezó a latir sin control, y sentía que se me iba a salir del pecho. Ni siquiera noté que el poco helado que me quedaba, se estaba derritiendo por completo, y estaba goteando sobre mi pantalón.

Mi hermana me alertó, pero yo no la escuché. Estaba en la Luna y se había cortado la comunicación con la Tierra. No me importaba que mi abuela fuera a matarme por haberme manchado el pantalón. Moriría feliz después de haber visto esa sonrisa dirigida a mí.

Sin embargo, algo sucedió en ese momento. Algo que no podía ni imaginarme. En ese instante, me cayó un jarro de agua fría encima, literalmente. Desperté de mi ensoñación, totalmente empapado. Escuché unas risas, miré al frente, y vi a Paula riéndose a carcajadas con sus amigas.

Mis amigos no se estaban riendo, de hecho, estaban enfadados y dirigían miradas de furia a alguien que estaba detrás de mí. Decidí darme la vuelta y

averiguar qué estaba pasando. Entonces, vi a Julián. Era uno de los que se metía conmigo en el instituto, y según me contaron, era el novio oficial de Paula. Me había echado un cubo de agua fría encima. En ese momento, se estaba riendo junto a sus amigos.

—¡Y aquí tenemos a una ballena auténtica! ¡Recién salida del agua! —dijo el imbécil.

Yo me había quedado sin palabras. Estaba enfadado, y a la vez, me sentía herido. Me dolía que Paula se estuviera riendo de mí, señalándome y murmurando. Estaba muerto de vergüenza, y no sabía dónde esconderme. Ahora estaba claro que Paula nunca se fijaría en mí. Sin embargo, algo sucedió en ese instante.

—Yo no sé de qué te ríes tanto, narizotas, pelo estropajo—dijo Carla.

Todos la miramos, y observamos que Carla estaba de pie, frente a ellos, con los brazos en jarras, fulminándoles con su mirada. En ese momento, estaba dibujando una medio sonrisa. Julián la miró furioso y preguntó:

—¿Qué has dicho, enana?

Carla no se amedrentó. De hecho, se irguió y alzó el mentón.

—Lo que has oído, narizotas, pelo paja. Aunque también debería llamarte paella, porque lo único que veo son granos en tu cara.

Los amigos de Julián se rieron, al igual que el resto de la pandilla, mientras yo miraba a Carla, estupefacto. Julián se removió incómodo, y se acercó a ella.

—Mira, no te voy a pegar porque eres una cría, que si no...

—Sí, claro, será por eso. ¿Qué pasa? ¿Qué no te da el cerebro para réplicas? Seguramente la única neurona que tienes está ahí para recordarte que tienes que respirar.

Julián se encendió aún más, y observé que tenía la cara colorada.

—Te estás pasando—le advirtió, apretando la mandíbula.

Carla se acercó más a él.

—¿Y qué? Tú sí que te has pasado con Jorge. Eres un cobarde. ¿Tan mal te sientes contigo mismo que te tienes que meter con los que sabes que son mejor que tú? En vez de meterte con él y quedar como un idiota, deberías seguir su ejemplo. ¡Pringao! ¡Que eres un pringao!

Julián parecía haber superado su límite, y se lanzó sobre Carla. Yo me levanté enseguida para evitar que la pegara, al igual que Irene y el resto. No obstante, no hizo falta intervenir. Carla le hizo una llave que lo tiró al suelo. Julián se quedó tirado en el césped, atónito. No se imaginaba que iba a acabar

así. Mientras, Michelangelo se paseaba a su lado, como si con él no fuera la cosa.

Julián se levantó como pudo, con la ayuda de sus amigos, y se fue de allí sin decir palabra. Todos aplaudimos a Carla, que me miró con una sonrisa triunfal. Aún hoy me sigo quedando sin palabras ante la hazaña.

Irene me acompañó a casa para que me cambiara, y no volvimos a bajar, porque ya era tarde. Esa noche, la abuela invitó a Carla a cenar. Por lo visto, Irene le contó lo sucedido, y mi abuela consideró que era lo mínimo que podía hacer por mi heroína.

Yo me mantuve en silencio todo el tiempo. Me sentía tímido de repente, sin saber qué decir. Aún estaba impresionado por lo ocurrido. Jamás me hubiera imaginado que Carla fuera capaz de hacer eso por mí. Desde luego, era una chica muy valiente.

Después de cenar, los abuelos se quedaron en el salón, viendo una película que echaban por la tele, y yo decidí salir a la terraza a tomar el fresco. Me senté en una silla, y miré en dirección al parque. Estaba lleno de gente a esas horas. Pude ver a Julián y a Paula juntos, besándose, aunque ambos parecían desanimados. Seguramente, hoy había caído un mito.

En ese momento, el corazón me dolía como si me estuvieran clavando agujas. Estaba decepcionado con Paula, la chica de mis sueños, que se había reído de mí, ignorando mis sentimientos por completo. Eché un vistazo a mi cuerpo, y no pude evitar las comparaciones.

A pesar de todo, Julián era un tipo delgado y alto, que resultaba irresistible para las chicas. Yo, en cambio, era un balón de fútbol rechonchito y adorable. Una especie de oso de peluche con mofletes, que encantaba a las abuelas y a las madres porque era un buen chico. Sin embargo, eso no era lo que gustaba a las chicas guapas como Paula. Ella prefería a un imbécil guapo como Julián. Conclusión: Paula era un sueño inalcanzable.

Estaba tan absorto en mis pensamientos, que no me di cuenta de que Carla estaba de pie a mi lado, con las manos apoyadas en la barandilla, mirando al horizonte. Solo me fijé en ella cuando habló:

—No te preocupes, Julián no volverá a meterse contigo después de hoy. Creo que le han quedado las cosas claras.

Me giré y la vi, sonriéndome.

—No lo dudo. ¡Menuda llave le has hecho!

Carla se encogió de hombros.

—Bien merecido se lo tenía. Y me he quedado corta. ¡Menudo idiota!

Espero que no hayas tenido en cuenta lo que te ha dicho.

Yo negué con la cabeza.

—No te preocupes. Ya se me ha pasado—respondí.

Volví a centrar mi vista en Paula y Julián, y suspiré con tristeza. Noté que Carla cogía una silla y se sentaba a mi lado.

—Te gusta mucho ¿verdad?

Yo asentí sin mirarla.

—Sí, pero ella ni sabe que existo.

—Bueno, es que está ocupada mirando a ese tonto. Deberías olvidarte de ella. Si no es capaz de ver lo genial que eres, entonces, no merece la pena.

Yo no pude evitar reírme.

—Uy, sí, soy un chollo. Gordo y rechonchito. Vamos, una cosa...

Carla pareció enfadarse, porque puso cara de pocos amigos.

—Ahora va a resultar que vas a ser tú más imbécil que Julián—dijo. Yo me quedé mirándola, un poco desconcertado—. Mira, a mí me parece que eres un tío genial. Eres majo, eres amable y eres simpático. Encima eres buena persona. Tú no te has dado cuenta, pero todo el mundo te quiere, y por algo será.

Yo me quedé pensando un momento en lo que acababa de decir, y la verdad es que no podía evitar darle en parte la razón.

—Bueno, sí, no me puedo quejar. Pero, por lo demás...

—¡Déjate de tonterías! Tienes que quererte un poquito más. ¿Qué tienes tus michelines? Bueno, eso no tiene importancia. Tú tienes una buena base, que eso es lo que importa. A mí, por lo menos, me encanta como eres... Vamos, que si por mi fuera...

De repente, se quedó callada. Yo la miré, frunciendo el ceño. Parecía nerviosa, como si hubiera dicho algo que no quería decir.

—¿Estás bien? —pregunté, un poco preocupado.

Entonces, ella me miró, decidida. Se acercó más, agarró mi rostro entre sus manos, y me dio un beso en los labios. Yo me quedé paralizado. Estaba alucinando en ese momento. Al sentir sus suaves labios sobre los míos, me entró una especie de cosquilleo en el estómago. Nunca me habían besado. Era un total inexperto en estos asuntos de la interacción humana a nivel tan íntimo, y no sabía bien qué tenía que hacer. Así que cerré los ojos, y me dejé llevar.

Después de unos segundos, Carla se apartó de mí. Respiraba de forma entrecortada, y al instante, agachó la mirada, nerviosa. Yo seguía sin reaccionar. Me sentía un poco confuso. Nunca me había sucedido algo

parecido.

Cuando estaba a punto de pedirle que me explicara de qué iba todo aquello, apareció mi abuelo por la puerta de la terraza. Como si se tratara de algo instintivo, nos separamos más, y alejamos nuestras sillas, al tiempo que mirábamos cada uno hacia un lado.

—Carla, ha venido tu abuela a buscarte—comentó mi abuelo, observándonos con suspicacia.

Yo la miré de reojo, mientras se levantaba y se dirigía al interior de la casa, pasando al lado de mi abuelo. Justo antes de irse, me miró y dijo:

—Adiós, Jorge.

Yo asentí en respuesta, sintiéndome aún abrumado por lo que acababa de suceder. Carla desapareció en el interior de la casa, y mi abuelo se sentó a mi lado. Noté como me observaba, estrechando la mirada.

—Estabais muy nerviosos. ¿Ha pasado algo?

Yo lo miré con los ojos abiertos como platos y negué enérgicamente con la cabeza. Decidí evitar más preguntas, así que me metí en casa, y me fui a mi habitación, dejando a mi abuelo allí sentado. No dejé de dar vueltas al tema en toda la noche, intentando comprender el significado de aquel beso que me había gustado tanto.

Capítulo 1

Carla

Madrid, 2015

Por fin había terminado de vaciar la última caja, y ya estaba todo colocado en mi nueva habitación. Después de meses de búsqueda, había conseguido encontrar un piso compartido en Madrid capital, que estuviera cerca de mi trabajo. Bueno, cuando digo cerca, me refiero a menos de una hora en coche.

El piso está en la zona de Ventas, cerca de la plaza de toros, y mi trabajo está a menos de diez minutos andando.

En este último año, en el que volví a vivir con mis padres en Miraflores, tardaba casi dos horas en llegar a la clínica, sufriendo los interminables atascos tanto a la vuelta como a la ida.

Sin embargo, ahora todo sería más cómodo. Me costó casi seis meses encontrar esta ganga. Un piso grande, con tres habitaciones, dos baños, terraza, y buenas vistas, además de tener fácil acceso al transporte público. La zona es tranquila y tiene de todo, tanto tiendas como restaurantes y bares. En Miraflores mi vida era tranquila, aunque sin emociones fuertes. Necesitaba un poco de adrenalina.

Como he comentado, se trata de un piso compartido, y en cuanto a mis compañeras, Tania y Bárbara, la verdad es que he tenido suerte. Nos conocimos a través de un portal donde la gente buscaba compañeros de piso, y enseguida hicimos buenas migas. Bárbara tiene mi misma edad, 29 años, trabaja en hostelería, y apenas para por casa. Tania es más joven, es estudiante de Medicina, y se pasa todo el día estudiando o saliendo con amigos.

Desde hace dos días, que es el tiempo que llevo viviendo aquí, he estado prácticamente sola en el apartamento. Cada una vamos a lo nuestro, y hemos tenido la suerte de ponernos de acuerdo en todo, incluso en los turnos de limpieza. A las tres nos gusta tener todo en orden en las zonas comunes. Ya en nuestros cuartos, es otro cantar.

Después de terminar de colocar el resto de mis cosas, decido ir a la nevera, cogerme un zumo de manzana bien fresquito, y sentarme en el sofá. En

estos momentos, me permito hacer una reflexión sobre lo acontecido en los últimos años, que han sido bastante ajetreados.

Me convertí en veterinaria hace ya cinco años, cuando me gradué en la Universidad Complutense de Madrid. Dos años antes de terminar mis estudios, conocí al que ha sido mi novio hasta hace poco tiempo, Hugo. Nos conocimos en Bristol, cuando ambos estábamos viviendo y estudiando allí gracias a una beca Erasmus.

Enseguida conectamos, y comenzamos a salir, a pesar de saber que tendríamos que enfrentarnos a un largo periodo de separación cuando regresáramos a España. Él vivía en Burgos, donde estaba estudiando Empresariales, y yo aún tenía que quedarme dos años más en Madrid.

Sin embargo, cuando regresamos, decidimos luchar por nuestra relación, y durante aquel periodo de separación, viajamos cada cierto tiempo para vernos. Una vez iba yo y otra vez venía él. Hasta que terminé la carrera y decidí buscar trabajo en Burgos. Pronto conseguí un empleo en una clínica veterinaria de la ciudad. Por fin, nuestro sueño de estar juntos se hizo realidad.

Durante mucho tiempo, fuimos una pareja feliz. Nuestras familias aceptaban la relación, teníamos amistades, salíamos, hacíamos planes de futuro, y todo iba muy bien. Hugo había conseguido un empleo en una empresa de marketing nada más graduarse.

Poco a poco, fue ascendiendo hasta convertirse en director general y accionista, siendo el ejecutivo más joven de la empresa. Todo un prodigio. Yo me sentía una mujer afortunada por tener un novio como él. Un hombre guapo, inteligente, deportista y brillante. Lo tenía todo.

Yo, mientras tanto, estaba muy contenta con mi trabajo. Siempre he amado a los animales, y trabajar con ellos ha sido siempre mi sueño. En la clínica ya tenía mis pacientes fijos, y mis compañeros eran encantadores. No podía pedirle más a la vida.

Sin embargo, todo empezó a ir mal en nuestra relación a partir de su último ascenso. Hugo pasaba mucho tiempo fuera de casa, y muchas veces se olvidaba de nuestras citas. Y cuando nos veíamos, casi siempre se mostraba malhumorado. Yo me armaba de paciencia, porque entendía que tenía mucha presión y estrés, e imaginaba que solo sería una fase. Pues no, me equivoqué, vaya si lo hice.

Una noche, en la que Hugo me dijo que no volvería a casa hasta muy tarde, decidí salir e ir a tomar algo con Matilde, una de mis compañeras de la

clínica. Cenamos en un restaurante que había cerca de la catedral, y después nos fuimos a tomar algo a un bar de moda.

Yo estaba muy animada esa noche, a pesar de que, como ya le dije a Matilde, estaba preocupada por cómo estaban yendo las cosas con Hugo. Estábamos charlando, sonrientes y joviales, cuando, de repente, Matilde se puso pálida. Estaba observando algo detrás de mí, que la había dejado petrificada.

Yo entonces me giré para averiguar qué estaba pasando, y cuando lo descubrí deseé que la tierra se abriera bajo mis pies y me tragara allí mismo. No podía creer lo que estaba viendo. Hugo estaba besándose con una mujer espectacular, que llevaba un vestido negro muy corto y ajustado, luciendo unas piernas de escándalo. Los dos estaban abrazados, devorándose, sin importarles el espectáculo que estaban dando.

En ese momento, noté como las lágrimas empezaban a deslizarse por mis mejillas, mientras mi corazón se rompía en mil pedazos. Me empezó a doler el pecho, y noté que me faltaba el aire. De repente, ambos se separaron, y Hugo alzó la vista. Nuestras miradas se cruzaron, y ya no recuerdo más. Solo sé que, minutos después, ya estaba fuera del local.

Noté que alguien iba detrás de mí, no sé si era Matilde, él, o ambos. Corrí hasta llegar a casa. Aún no sé cómo lo hice, porque sentía que apenas tenía fuerzas para moverme. Una vez allí, y pasados unos minutos, mientras recogía mis pertenencias, apareció Hugo con la cara descompuesta. Intentó justificarme lo que había pasado. Que estaba muy estresado, que necesitaba desahogarse, y mil historias más que no quise escuchar. Era un cerdo y un caradura al que le importaban un carajo mis sentimientos. Rompimos esa misma noche, y me fui a casa de Matilde a dormir.

Al día siguiente, fui al trabajo con los ojos hinchados y con ojeras, porque no había parado de llorar en toda la noche. Estaba destrozada. Solo la visita de mis amigos animales a la consulta me hizo sentir un poco contenta. El trabajo fue mi bálsamo. Esa misma noche, regresé con Matilde a recoger el resto de mis cosas. Por suerte, Hugo no estaba. No quería volver a verle en mi vida.

Pasé unos días en casa de Matilde, pero entendí que la situación no podía seguir así. De hecho, decidí marcharme de Burgos. No soportaba la idea de seguir frecuentando los mismos lugares en los que había estado con él, y ni mucho menos quería tentar a la suerte y encontrármelo de nuevo. Así que, hablé con mis padres, que se quedaron totalmente sorprendidos por todo lo

ocurrido, presenté mi dimisión y regresé a Madrid.

Todo esto sucedió hace un año. Durante estos meses, estuve viviendo con ellos, y encontré pronto un trabajo en una clínica veterinaria. Y después, comencé a buscar un apartamento. Al final, todo salió mejor de lo que esperaba. En cuanto a mi corazón destrozado, recogí los trozos y me los llevé.

Con el paso del tiempo, he conseguido recuperarme, y me he dado cuenta de algo. Creo que me entregué demasiado. Lo di todo, sin esperar nada, y eso al final, creó un considerable desequilibrio. Hugo dio por hecho que yo lo aguantaría todo, que haría cualquier cosa por él, incluso soportar que me fuera infiel. No obstante, se equivocó.

Me sorprende que ahora, al pensar en él, no sienta ni pena ni dolor. He llegado a la conclusión de que yo también estaba un poco harta de darlo todo. Necesito a alguien que me cuide un poco. Creo que he hecho méritos. Aunque en estos momentos, no tengo interés en tener ninguna relación. Estoy bien como estoy.

Miro el reloj, y veo que son casi las dos. Como ya he terminado y tengo el día libre, decido ir a dar un paseo por Gran Vía por la tarde. Hace años que no me doy una vuelta por esos lares, y me apetece mucho. Tengo ganas de pasear. Me preparo un poco de pasta para comer, y salgo por la puerta dos horas más tarde.

Hoy es un frío día otoñal, de esos que tanto me gustan. No obstante, ya estamos en octubre. El sol empieza a esconderse poco a poco, aunque aún hay algo de luz. En el cielo aparecen muchos colores que se mezclan entre sí. Violeta, azul, magenta, naranja. Me gusta mucho mirar al cielo en este momento del día. Es un espectáculo maravilloso que te arranca una sonrisa. Me meto en una de las bocas de metro que dan a la plaza de toros, y enseguida llega el tren. Es entonces cuando me dirijo rauda y veloz hacia Callao.

Llego a la estación y subo las escaleras del metro, que conducen a la plaza. Estoy deseando llegar y el camino se me hace eterno. Necesito el trasiego, el bullicio y el movimiento. He estado demasiado tiempo viviendo mi vida despacio, con cautela. Se me han quitado las ganas, necesito acción. Y que mejor sitio para encontrar todo eso que en el centro de la gran ciudad.

Capítulo 2

Jorge

Mercedes, una señora de setenta años que acude a las clases de aeróbic para mayores que imparto, me mira, avergonzada. Acaba de subirse a la báscula para hacer el seguimiento semanal de su peso, y los resultados no son los que yo esperaba. El médico le había ordenado que debía perder al menos cinco kilos en tres meses. Había perdido dos el mes anterior, y parecía que la cosa prometía. Sin embargo, mi querida alumna había ganado uno esta semana. En este momento, la estoy mirando con cara de profesor que está a punto de soltar una buena reprimenda. Esto no podía ser.

—Mercedes, ¿qué ha pasado esta semana? ¿No te habrás atiborrado a palmeras de chocolate? —pregunto con suspicacia.

La mujer se muerde el labio inferior, nerviosa.

—Bueno, admito que me he saltado un pelín la dieta.

—¿Un pelín? Vamos, Mercedes, confiesa—respondo, alzando una ceja.

Observo que Mercedes suspira con resignación.

—Este fin de semana no he podido evitarlo. Mi cuñada ha hecho paella, y no puedo decirle que no. Sería una faena con la buena que está. Y encima, me pone torreznos de postre. Yo empiezo a pensar que me está boicoteando la dieta, porque sabe que no puedo resistirme.

Yo no puedo evitar reírme, porque parece una niña pequeña intentando justificarme su travesura. Además, soy incapaz de enfadarme del todo con ella. Aunque me prometo a mí mismo que seré un poco más severo de ahora en adelante.

Ahora le toca el turno a Remedios, también de la misma quinta. Casi todas son amigas de mi abuela, y asisten a la escuela para mayores del barrio. Muchas de ellas no pudieron sacarse el graduado en su momento, y ahora intentan recuperar el tiempo perdido, y aprender.

Remedios se sube decidida a la báscula, aunque intuyo que me voy a encontrar el mismo resultado que con Mercedes. Y no me equivoco. Ha engordado dos kilos, cuando el médico le ha ordenado que pierda siete. Yo la miro con la misma cara seria, y entonces ella me sonrío.

—Te prometo que he seguido la dieta. Cenita ligera, comida moderada y desayuno fuerte. Sin embargo, yo tengo una teoría.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es Remedios? —pregunto, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Creo que retengo líquidos. Y a eso hay que añadirle que soy de hueso grueso. Ya se lo expliqué al médico.

Yo asiento, asombrado. ¿De verdad se cree lo que me cuenta?

—Ya, claro. ¿Y cómo es que el otro día te vi en el bar de Agustín, comiéndote un pincho de tortilla?

Remedios se pone tensa en ese momento.

—Bueno, eso fue una cosa puntual. Pero no te fijaste en un detalle, tú que te fijas en todo, Sherlock Holmes—me dice, desafiante.

Yo me aguanto la risa como puedo, porque la verdad es que Remedios gracia tiene un rato.

—A ver, ¿qué me pasé por alto, señora Remedios?

Remedios mira a sus compañeras y les guiña un ojo.

—Pues que me tomé el pincho de tortilla con una Coca-Cola Light. Así resto calorías—me explica con toda la naturalidad del mundo.

Yo entonces niego con la cabeza y me empiezo a reír.

—Remedios, ya te lo he explicado mil veces. Por mucho que tomes un producto light, si el resto de lo que comes no es bajo en calorías, engordas igualmente.

Observo que Remedios parece estar pensando la respuesta, y a los pocos segundos, responde:

—Bueno, entonces nos quedamos con la opción de la retención de líquidos.

Yo me seguía riendo cuando se bajó de la báscula. Ahora le tocaba el turno a uno de los pocos hombres de más de 65 años que asistía a las clases. Paco, un hombre viudo de sesenta y ocho años. En su juventud, le gustaba jugar al fútbol, pero con los años, debido al trabajo y la familia, lo dejó. Ahora que se había jubilado, quería volver a estar en forma y perder algo de peso. Se sube a la báscula con decisión y sonrío al ver los resultados. Paco había perdido peso y había cumplido el objetivo semanal. En ese momento, el hombre me mira con alegría.

—Genial, Paco. Has perdido dos kilos y estás en plena forma—anuncio.

Ante esto, todas aplauden, y Paco se muestra feliz y satisfecho.

—Paco es oficialmente el tío bueno del grupo—comenta Remedios.

Todos nos reímos, y al cabo de unos minutos, reanudamos la clase. Hoy iba a darles una clase un poco más dura de lo habitual. Teníamos que trabajar el doble, dados los pésimos resultados a nivel general. El único que se libraría sería Paco. Apreciaba mucho a mi grupo de alumnos de la tercera edad, porque siempre eran cariñosos conmigo y nos divertíamos en cada sesión. Por eso, me fastidiaba que no se cuidaran. Yo quería que todos vivieran cien años, si era posible.

Hace diez años empecé a trabajar como monitor de gimnasia. Durante la adolescencia, por orden médica, me puse a dieta y empecé a hacer deporte. Me acabó gustando tanto, que decidí que en un futuro quería dedicarme a esto. Así que me saqué la carrera de Educación Física, y me presenté a distintos cursos relacionados con el deporte y la gimnasia en general.

Hace cuatro años, junto con mi amigo Víctor, con quien estudié la carrera, conseguimos abrir nuestro propio gimnasio, en la zona de Ciudad Lineal. Teníamos máquinas de ejercicios e impartíamos clases.

Mi socio lleva casado dos años con Elisa, una administrativa que trabaja en una oficina cerca de aquí. Hace un año que nació su hija, Yolanda, una preciosidad de ojos azules, como los de Víctor. Los tres forman una familia adorable y maravillosa.

Al principio, nos dedicábamos exclusivamente al aeróbic y a la defensa personal, que es la especialidad de Víctor. Mi amigo ha llegado incluso a participar en torneos de artes marciales. Yo me decanté por el aeróbic, y me especialicé en nutrición, para así poder asesorar correctamente a aquellos clientes que quisieran perder peso.

Pronto nos hicimos famosos en la zona, no solo entre los amantes del deporte, sino también entre la gente mayor de más de sesenta y cinco años, que no encontraba sitios donde poder hacer ejercicios ajustados a sus necesidades. Por eso, además de las clases normales de aeróbic, elaboré sesiones especiales de ejercicios pensados para ellos, que yo mismo imparto, con sus respectivos seguimientos de pérdida de peso.

Al poco tiempo de abrir el negocio, contratamos a dos monitores más. Eva, especializada en yoga y pilates, y Marta, que da clases de aeróbic y spinning. Luego tenemos a mi amiga Manuela en la recepción. Es una auténtica máquina para los números, así que no pude encontrar a nadie mejor para que nos ayudara. Lleva las cuentas a la perfección, y todo está al día gracias a su excelente gestión.

En cuanto a mi vida sentimental, actualmente no tengo nada serio. Hace

unos cinco meses rompí con Clara, mi novia desde hacía dos años. Era un tanto superficial y perfeccionista, y siempre me sacaba defectos. No me aceptaba tal y cómo soy, y acabó dejándome por un tipo más guapo y rico. Antes de ella, salí con Fátima durante cinco años, una chica preciosa, que era bailarina. Vivimos juntos durante un año, pero al final, todo resultó ser un fracaso. Tenía un carácter irascible y controlador.

Durante el instituto, a raíz de adelgazar, tuve muchas novias, pero ninguna me duraba mucho tiempo. En aquella época, aún me sentía inseguro, y no estaba demasiado contento conmigo mismo. Tenía miedo de que me dejaran si engordaba, aunque fueran cien gramos. Afortunadamente, esa idea ya no pasa por mi cabeza desde hace tiempo.

Actualmente, tengo mi propio apartamento cerca del gimnasio, en la misma calle donde estaba el piso en el que viví muchos con mi familia.

En cuanto a mis padres, mi madre ya no reside en Madrid. Se mudó a Altea con su pareja, Ramiro. Allí viven los dos felices, disfrutando del mar.

A mi padre lo veo de vez en cuando, porque también vive lejos. Desde hace años, reside en Cantabria con su pareja, Isabel. Aunque no nos vemos mucho, cuando lo hacemos, disfrutamos de lo lindo. Siempre hemos tenido una buena relación, a pesar de la distancia.

A quien veo casi todas las semanas es a Irene, que trabaja como profesora de Educación Infantil en un colegio cercano. Al igual que yo, consiguió perder sus kilos de más, y acabó convirtiéndose en una rompecorazones. Sin embargo, no ha tenido novios serios nunca. Mi hermana huye del compromiso, y prefiere tener romances cortos con tipos muy guapos, pero con poco cerebro. Su trabajo, su familia y sus amigos son lo más importante para ella.

De vez en cuando, voy al barrio a ver a mis abuelos, que ya están más mayores, aunque ellos se siguen sintiendo jóvenes. Soy un privilegiado por tenerlos aún conmigo. Otros no han tenido tanta suerte. Cada vez que nos vemos, solemos recordar viejos tiempos, y hablamos sobre cómo han cambiado las cosas.

Precisamente en este momento, me estoy acordando de una conversación que tuvimos el otro día en casa de mis abuelos, sobre cierta persona.

—Pues ahora se ha mudado al bajo una familia con dos niños. El otro día me los encontré haciendo la mudanza. Los críos son muy pequeñitos. ¡Ay! Aún me acuerdo de la señora Engracia. Por cierto, ¿sabéis algo de Carla? — preguntó mi abuela mientras comíamos.

Irene negó con la cabeza.

—Nada, desde que se murió su abuela, y vendieron el piso, no sé nada. Perdimos el contacto.

—Es una pena. Me gustaba mucho esa niña, era muy maja—comentó mi abuelo.

Yo, en ese momento, no sé por qué, recordé el beso que me dio aquella noche de verano en la terraza. En ese instante, noté un cosquilleo en el estómago y mi corazón empezó a latir a toda velocidad. Poco tiempo después de aquello su abuela falleció, y ya no volví a verla. ¿Qué estaría haciendo ahora?

Después de terminar mi turno, voy al vestuario, me cambio y me dirijo a mi casa. Pero justo en ese momento, recibo un mensaje de Juan.

<<Oye, chatín. ¿Qué haces esta tarde? ¿Te apetece que nos tomemos algo en esa cafetería que te comenté el otro día? Si quieres nos vemos en Callao a las cinco.>>

Como no tenía nada que hacer, decido aceptar la invitación. Recordé que hace unos días, Juan me comentó que había estado en una cafetería muy bonita y con buenos precios en el barrio de Chueca, muy cerca de Gran Vía. Mi amigo solía descubrir sitios nuevos gracias a su trabajo como guía turístico, y siempre que necesitabas saber de algún lugar para llevar a alguien a cenar o a comer, las recomendaciones de Juan eran de gran ayuda. Conocía la ciudad mejor que nadie, algo difícil incluso para los que hemos nacido aquí.

Me pego una ducha rápida, me cambio, y finalmente, me dirijo a la boca de metro. Llego diez minutos antes de la hora acordada, y me quedo esperando justo delante de la salida del metro Callao, en el centro de la plaza. Desde allí, observo todo el conjunto de edificios que hay al alcance de mi vista. Los cines, el edificio Preciados, el edificio Capitol con su cartel de Schweppes apagado. La gente cruza de un lado a otro, unos más deprisa, otros más despacio, cada uno a su ritmo.

El frío ha llegado a Madrid para quedarse una temporada, y todo el mundo lleva puesto abrigos y chaquetas gruesas. Yo noto el frío en mi cara, gracias a una suave brisa que me acaricia las mejillas.

Me giro y detengo mi mirada en la entrada del metro. De repente, veo algo que me deja totalmente hechizado. Aparece una mujer, envuelta en un abrigo negro, con el pelo suelto, castaño y largo, cayéndole sobre los hombros. Ya está empezando a anochecer, y justo cuando ella está parada delante de la entrada del metro, se encienden las luces de neón del cartel de Schweppes del edificio Capitol. Ella, al darse cuenta, se gira y sonríe al ver el

luminoso. En ese instante, noto como el pulso se me acelera, sin que pueda hacer nada para evitarlo.

A continuación, se dirige a Gran Vía, y yo, sin saber por qué, la sigo. Al principio, me asoma un atisbo de arrepentimiento, ya que no quiero que piense que soy un acosador. No me atrevo a acercarme ni a decirle nada. Sin embargo, mis pies se mueven solos y no puedo detenerlos. Mientras ando, esquivo a la gente como puedo, intentando no perderla. Ella camina delante de mí, ajena a todo. De vez en cuando eleva la vista, y observa los edificios con fascinación, como si fuera una turista que acaba de llegar a la ciudad.

Finalmente, entra en La Casa del Libro, y allí que voy yo, procurando que no se percate de mi presencia. Se dirige a la planta de arriba por las escaleras, y yo me mantengo a una distancia prudencial. No parece que se esté enterando de nada. De hecho, observo que lleva unos cascos puestos, así que imagino que va escuchando música, ajena a todo lo demás.

Se detiene en la segunda planta, y empieza a mirar en la sección de novela romántica. Ojea algunos títulos, y finalmente se queda con uno. Yo, mientras tanto, la observo desde la sección de novela negra, disimuladamente.

Justo en ese momento, suena mi teléfono, y casi se me sale el corazón por la boca. Ella mira en mi dirección, mientras busco el teléfono en el bolsillo de mi chaqueta. Nuestras miradas se cruzan, y ella me sonrío tímidamente. Finalmente, descuelgo, al tiempo que maldigo mentalmente a quien me está llamando.

—Tío, ¿dónde estás? Llevo diez minutos esperando—me dice Juan al otro lado de la línea.

Miro el reloj, y me doy cuenta de que se me ha ido el santo al cielo. Le pido disculpas, le respondo que voy enseguida, cuelgo, y a continuación, me marcho de allí. Mientras tanto, mentalmente, me echo en cara mi estupidez. Ya somos mayorcitos para estar persiguiendo chavalas como quinceañeros.

Regreso a Callao, y allí me encuentro a Juan con los brazos en jarras. Nos damos un abrazo, y vuelvo a disculparme. Es entonces cuando nos dirigimos a la cafetería. Llegamos y el lugar está abarrotado. Algo normal, teniendo en cuenta que es sábado. Conseguimos una mesa, y pedimos dos cafés. Cuando nos los traen, empezamos a charlar.

—No te vas a creer lo que me ha pasado—digo de repente.

—¿El qué? —pregunta Juan, mientras agarra su taza.

—Mientras te esperaba, he visto a una chica preciosa, que salía del metro. Y no sé por qué, he empezado a seguirla.

Juan me mira frunciendo el ceño.

—Oye, a ver si ahora te vas a convertir en un acosador.

—Que no, hombre. No ha pasado nada. Ni siquiera le he dirigido la palabra. No he sido capaz. No entiendo qué me ha pasado. Solo sé que me he sentido atraído por ella sin remedio. No me había pasado nunca algo así.

—Un flechazo, entonces.

—Bueno, yo creo que es más atracción física. Pero es que no he podido decirle nada. Y encima va y me sonrío, justo cuando me has llamado.

—Vaya, ahora voy a tener cargo de conciencia—comenta, divertido.

Yo sonrío y niego con la cabeza.

—No importa. Ha sido una tontería. Debe ser que la falta de sexo me está afectando.

—A lo mejor vuelves a verla. Quién sabe.

Yo le miro, incrédulo.

—¿En una ciudad de casi cuatro millones de habitantes? Imposible.

Capítulo 3

Carla

Regreso a casa después de haber dado un buen paseo por Gran Vía, y debo decir que no he vuelto con las manos vacías. He comprado un par de novelas que tenía en el punto de mira. Ambas románticas, porque últimamente tengo ganas de leer ese género de forma compulsiva. Quizás esté buscando algún aliciente para volver a enamorarme. Aunque está claro que la vida real no tiene nada que ver con la ficción. Sin embargo, me ha pasado algo un poco extraño.

Mientras estaba en la Casa del Libro, buscando las novelas que quería, he visto a un chico guapísimo, que estaba como un tren. Media melena castaña clara, casi rubia, barba y bigote, ojos castaños, y parecía tener un cuerpo musculoso, aunque con la chaqueta que llevaba no podía apreciarse bien. Bueno, no es que no vea hombres así a menudo.

Lo raro del asunto es que me estaba mirando a mí. De hecho, podía notar su mirada, a pesar de que yo estaba a lo mío, con los cascos puestos. Normalmente, nadie se fija en mí. Yo soy del montón, nada del otro mundo, y suelo pasar desapercibida. No soy como mi compañera Bárbara, que es como una modelo y hace que las cabezas se giren a su paso. Aquel hombre parecía interesado en mí, a pesar de hacerse el distraído.

Yo estaba dispuesta a acércame y decirle alguna cosa, porque me he sentido atraída por él nada más verlo. Pero justo en ese momento, ha sonado su teléfono, y la magia se ha roto. A continuación, se ha marchado, y ya no ha habido oportunidad de hacer nada. Mala suerte. Dudo que vuelva a verlo.

Llego a casa, y me encuentro a mis compañeras de piso, que están atareadas preparándose para salir. Dejo los libros en mi cuarto, y a continuación, me pongo mi pijama gris con estampado de corazones azules. Hoy voy a hacer sesión de cine en casa, con palomitas incluidas. En pocos minutos, ya estoy sentada en el sofá del salón, con el bol de palomitas colocado en mi regazo, preparada para ver una comedia romántica.

—¿Tú no sales, Carla? —me pregunta Tania.

Mi compañera de piso lleva puesto un vestido rojo, con falda corta y escote prominente. Está simplemente deslumbrante.

—No. Hoy me quedo aquí, cuidando el fuerte—contesto, sonriente.

—Hija, así no vamos a casarte nunca—comenta Bárbara.

Yo me río.

—Déjalo, mejor me quedo como estoy—respondo.

Las dos se despiden, y se van de marcha. Elijo a Tom Hanks y Meg Ryan como acompañantes para esta velada. Empezaría la noche con Algo para recordar, y terminaría con Tienes un e-mail. Ese era mi super plan del sábado, y bien feliz que estaba. No necesitaba nada más para pasármelo bien. Bueno sí, quizás la compañía de ese hombre tan guapo que me había encontrado esta tarde. En fin, me conformaría con soñar con él.



El lunes por la mañana entro en la consulta, y me pongo mi ropa de trabajo: una casaca con dibujitos de perros, con el pantalón a juego. A los pocos minutos, mi ayudante, Sonsoles, me comenta la agenda para hoy. Una operación a un perro que tenía un quiste en la pata, la castración de Bubu, un precioso gato siamés, y otras visitas rutinarias. Empezamos la mañana con la operación, que, por suerte, salió bien. Capitán, mi paciente, es un perro labrador fuerte y valiente.

Con Bubu necesitamos tener más paciencia, porque es un poco arisco, y eso de que le pinchen, como que no le gusta. Pero igualmente, todo salió a pedir de boca. Mis otros pacientes fueron un papagayo muy dicharachero con un problema estomacal, que hemos solucionado con medicación, un perro al que había que ponerle el chip y algunas vacunas, un hámster algo inquieto, y otro gato, ambos para una revisión rutinaria. No hubo incidentes. Todos fueron buenos pacientes.

Adoro mi trabajo porque los animales han sido mis amigos más fieles desde mi más tierna infancia. Las personas siempre me han acabado decepcionando de alguna forma. Como por ejemplo, mis amigas de Burgos, que al final dejaron de hablarme cuando rompí con Hugo, o las de aquí, con las que perdí el contacto cuando me marché.

El único amigo verdadero que me queda es Michelangelo, mi tortuga. Hace años, mi padre le construyó un estanque con una fuente en el invernadero de la casa. Hoy en día, ahí sigue, nadando y paseándose por la orilla del estanque, donde convive con otra tortuga llamada Donatello. La pena que

tengo es que, en mi actual situación, no puedo tener ninguna mascota, porque el casero no lo permite. Si por mi fuera, tendría un zoo.

Horas más tarde, regreso a casa después del trabajo, agotada pero contenta. Dejo mi bolso en la cama, me quito el abrigo, y me voy al baño, donde empiezo a desvestirme. Justo cuando voy a meterme en la ducha, suena el teléfono. Compruebo que mi madre me está llamando. Hace días que no hablamos, así que, no voy a hacerle el feo de pasar de ella en este momento.

—¡Hola mamá!

—¡Hola, cielo! ¿Cómo estás? —pregunta mi madre, alegre, al otro lado de la línea.

—Bien, bueno, cansada, hoy ha sido un día ajetreado, ya sabes.

—Lo sé, tesoro. Pero sé que estás contenta.

—Sí, me conoces bien. ¿Cómo va todo?

—Todo bien, tranquilo, como siempre. ¿Ya has colocado toda la mudanza?

—Sí, lo hice todo el fin de semana. Ya no hay trastos de por medio.

—¿Y qué tal con tus compañeras?

—Genial. Además, apenas las veo. Cada una vamos a nuestro aire.

—Mejor, así menos problemas. Oye, ahora que me estaba acordando. ¿Sabes con quién me puse en contacto en Facebook el otro día?

Hace unos meses, mi madre descubrió cómo funcionaba Facebook, después de que yo me sentara con ella, y le explicara tranquilamente todo lo que necesitaba saber sobre la red social en cuestión. Ahora se estaba convirtiendo en una adicta, y estaba todo el día pendiente de lo que se cocía en su timeline.

—¿Con quién?

—Con Berta, la madre de Jorge e Irene. ¿Te acuerdas de ellos?

Me quedo callada porque estoy alucinando ahora mismo. ¿Estaba hablando de Jorge e Irene? ¡Claro que me acordaba de ellos! Irene era mi mejor amiga, y Jorge mi amor platónico. ¿¡Cómo no iba a acordarme de él!? ¡Si fue el chico de mis sueños durante años!

—Claro que me acuerdo. ¿Cómo les va todo?

—Bien, según me contó ella. Berta está viviendo en Altea con su pareja, pero Jorge e Irene siguen en Madrid. También los abuelos. Ellos siguen viviendo en el mismo piso, frente al parque. No veas lo que hablamos. Hemos quedado en intentar vernos pronto. Nos ha invitado a ir a Altea cuando queramos.

Miro al vacío, pensativa, mientras mi madre habla. Era toda una sorpresa volver a tener noticias de Irene y Jorge después de tantos años. Desde luego, las nuevas tecnologías hacían milagros.

—Me ha dado la dirección de Facebook de Irene, y me ha dicho que Jorge tiene página de su negocio. Es dueño de un gimnasio. Yo casi no me lo creía cuando me lo contó.

¿Dueño de un gimnasio? ¿Jorge? ¿El gordito encantador?

—¿Hablas en serio? —pregunto, incrédula.

—Ya te digo. Resulta que en la adolescencia se puso a adelgazar, y al final estudió para monitor o algo así. Vamos, que seguro que le ves y no lo reconoces. Irene también perdió peso. He visto sus fotos, y nada que ver.

Yo aún estoy alucinando con tanta información, cuando mi madre dice:

—Bueno, cielo, te dejo, que vamos a cenar. Papá te manda un abrazo. Cuídate, besos.

Consigo espabilar y respondo:

—Igualmente, mamá. Un beso para papá y otro para ti.

—Ciao, mi vida—y dicho esto, mi madre cuelga.

Me meto en la ducha, y mientras el agua se desliza por mi cuerpo, empiezo a recordar viejos tiempos. Me enamoré de Jorge cuando tenía diez años. Conocía a Irene desde que éramos pequeñas, y para mí, Jorge siempre fue una especie de hermano mayor. Mientras los otros chicos de su edad eran unos salvajes descerebrados, él era encantador y dulce. Era un chico responsable, atento y cariñoso. Siempre era amable con todo el mundo, desprendiendo simpatía por todos los poros de su piel.

Recuerdo que cuando me compraron a Michelangelo, fui a casa de sus abuelos, y los tres estuvimos observando a mi pequeño amigo. Se convirtió en una especie de mascota de la pandilla.

Como decía, a mí Jorge me caía muy bien desde siempre, pero fue a los diez años cuando me enamoré de él sin remedio. Fue una tarde de primavera, sino recuerdo mal. En ese momento, estábamos jugando al escondite. A Irene le tocaba buscarnos, así que, empezó a contar, y yo fui a esconderme. Encontré un rincón oculto entre unos matorrales y allí que me dirigí.

Me adentré en la maleza, y de repente, tropecé y caí al suelo. Noté enseguida un dolor inmenso en el tobillo. No tuve fuerzas ni siquiera para gritar. Permanecí allí sentada un buen rato, ya que no podía andar, pero nadie me encontró. Una hora más tarde, pude oír que alguien caminaba cerca del lugar. En ese momento, apareció Jorge. Al verme, me explicó que llevaban un

buen rato buscándome. Observó como yo me agarraba el tobillo con cara de dolor, y no tuve que explicarle nada.

Me cogió en brazos, como si fuera una princesa, y me llevó a casa de mi abuela. Los demás nos siguieron hasta el portal, preocupados, al saber lo que me había pasado. Jorge estuvo todo el tiempo conmigo, mientras mi abuela examinaba mi tobillo. Llamó a nuestro vecino de arriba, Eduardo, que era médico, y después de mirarme bien, determinó que era un esguince, y me vendó.

Yo, debido al susto, porque nunca había tenido ningún problema de salud, me puse a llorar angustiada, y Jorge me abrazó con delicadeza, mientras me susurraba palabras de ánimo.

¿Cómo no iba a enamorarme de aquel príncipe que me había rescatado? No me importaba que no cumpliera los cánones de belleza establecidos. Para mí, Jorge era un héroe. Mi príncipe. A partir de ese día, soñé con él casi todas las noches. El tiempo hizo que le quisiera más cada día. Tenía una cara preciosa, y una sonrisa tierna y dulce.

Aunque yo estaba loca por él, el pobre bebía los vientos por la estúpida de Paula, una Barbie rubia sin cerebro ni corazón. Me daban ganas de darle una colleja a Jorge por enamorarse de alguien así, que además no le hacía ni caso.

Por eso, el día que el estúpido de Julián se metió con él, no pude callarme. Nadie se metía con mi príncipe. Y encima el tonto quiso pegarme. Pobrecillo, menuda llave le hice. Se quedo tirado en el suelo igual que Michelangelo cuando se daba la vuelta sin darse cuenta, y yo tenía que ayudarlo a colocarse de nuevo en su sitio. En ese momento, agradecí que mi padre me apuntara a clases de judo. Ha sido su mejor idea en años.

Y entonces, llegó el momento. El beso. Aún no sé de dónde saqué el valor para dárselo. Yo no había besado a nadie en mi vida, ni él tampoco. Y me sentí feliz por haber sido la única hasta entonces en probar los labios de mi príncipe. Aún siento mariposas en el estómago al recordarlo. Fue maravilloso. Ojalá pudiera repetirlo.

Si como dice mi madre, Jorge ha perdido peso, entonces debe ser todo un conquistador. Y la idea de repetir el beso es tentadora. Aunque, seguramente, ya tendrá novia o estará casado. Un bombón así es imposible que esté soltero y sin compromiso. Será mejor que me olvide del asunto.

Salgo de la ducha, veo que mi madre me ha mandado un mensaje con la dirección de Facebook de Irene. Decido ponerme a cotillear su perfil mientras

preparo la cena. Desde luego, ha cambiado mucho. Está muy guapa ahora, aunque entonces ya lo era.

Aún recuerdo cuando planeábamos nuestro futuro, ella siempre quiso trabajar con niños, y me alegra ver que lo ha conseguido. Me decepciona comprobar que no hay rastro de Jorge, ni siquiera en la página de su gimnasio. Ni una sola foto suya.

Igualmente, decido mandarle una solicitud de amistad a Irene. Me gustaría poder volver a verla, ya que ahora mismo, no tengo amigas en Madrid, y sería bonito recuperar viejas amistades. Y de paso, si puedo ver a Jorge, aunque esté comprometido, me alegraré la vista y el corazón.

Capítulo 4

Jorge

Es viernes por la mañana, y hoy me toca clase de aeróbic a primera hora. Había pasado casi una semana desde mi encuentro con aquella mujer en Callao, y aunque no me había olvidado de ella, la verdad es que decidí quitarle importancia al asunto. Nunca volvería a verla y era mejor hacerse a la idea cuanto antes.

En ese momento, estoy en la recepción charlando un rato con Manuela mientras van llegando los clientes más madrugadores.

Se me olvidó mencionar que mi querida amiga estaba casada con mi amigo Jaime, que siempre había estado loco por ella, y hace cuatro meses nos anunciaron que iban a tener un bebé. La alegría fue inmensa cuando nos enteramos, porque ellos serían los primeros de la antigua pandilla en ser padres. Precisamente, estábamos hablando sobre su última visita al médico:

—Estoy super contenta, Jorge. Nos ha dicho que todo va genial, y que, además, estoy bien de peso.

—Así que, ¿no tienes antojos ni nada?

—Bueno, sí, alguno. Por ejemplo, ahora me ha dado por comer madalenas.

—Algo dulce, lógico, supongo.

—No, no. No lo entiendes. Tengo que comerme todas las madalenas que encuentro. Ya sean de chocolate, de fresa, rellenas, sin nada, con gluten, sin gluten. Cada vez que voy al super, la cajera me mira alucinada, porque me llevo todas las variedades que hay.

Los dos nos empezamos a partir de risa. Podía imaginarme la escena, con el carrito lleno de paquetes de madalenas, y la dependienta mirándola, horrorizada.

—Bueno, al menos es solo eso. Seguro que hay casos peores.

—Ya lo creo. A mi hermana le dio por las pizzas y los helados de pistacho. Imagínate como se puso...

Finalmente, me voy a la sala de aeróbic para prepararlo todo, y justo a las diez llegan mis alumnas habituales. Pocos minutos después, entra en la sala

una mujer despampanante. Alta, pelo moreno, ojos verdes, mirada felina, y curvas de infarto. Tenía un cuerpo espectacular, sin un atisbo de grasa. Yo me quedo un poco alucinado en ese instante, mientras ella me mira fijamente. Como un caballero cortés y bien educado, me acerco a ella y me presento:

—Hola, soy Jorge, el monitor. ¿Cómo te llamas?

Ella me sonrío y contesta:

—Marisa. Encantada.

Yo sonrío, desplegando mis encantos.

—Igualmente. Bienvenida a la clase.

Una vez hechas las presentaciones, me alejo de allí, con el corazón latiendo a mil por hora. Pero enseguida me sereno y me concentro en la clase.

Comenzamos los ejercicios, y todo va de maravilla, aunque las miradas que me lanza Marisa mientras nos movemos hacen que mi calor corporal se eleve descontroladamente. Termina la clase, y mis alumnas se despiden de mí, contentas, aunque agotadas. Entonces, Marisa se acerca.

—La clase ha sido estupenda.

Yo la miro y sonrío.

—Gracias—contesto mientras me seco el sudor con una toalla.

—Oye, había pensado que, si no tienes ningún plan, podríamos quedar para cenar esta noche—me propone con una mirada insinuante.

Yo la miro, y claro, ¿cómo iba a decir que no a semejante propuesta? La verdad es que me apetecía mucho.

—Claro, me encantaría.

Ella sonrío de forma seductora, mientras yo noto que mis piernas flojean. Madre mía, menudo bombón era aquel.

—¡Genial! Mira, esta es mi dirección—dice, entregándome un papel. Compruebo que vive en la zona de la Alameda de Osuna—. Pásate a las ocho. Cenaremos en un restaurante que hay allí cerca.

Yo asiento, sonriente.

—Allí estaré.

De repente, se acerca más y me da un beso en la mejilla. Yo me quedo un poco desconcertado, porque, claro está, no me lo esperaba. Parece ser que Marisa era una mujer decidida. Se separa de mí, y se marcha, dejándome con el corazón latiendo a toda velocidad.

¡Qué cuerpo, qué cara, qué todo! Empiezo a pensar que la abstinencia, ya que llevo sin sexo desde que rompí con mi última novia hace meses, me está afectando más de lo debido. Sacudo la cabeza, y vuelvo al trabajo con alegría.

Estoy seguro de que mi cita con Marisa va a ser genial.

A las siete de la tarde, salgo de mi última clase, y me dirijo a la salida para ir a mi casa a prepararme para mi cita. Antes, paso por recepción para despedirme de Manuela, y justo en ese momento, Irene llega al gimnasio. Me ve, y viene corriendo a saludarme.

—¡Hola, guapísimo! —me dice, entusiasmada.

Yo me quedo sorprendido ante tanta alegría. A continuación, saluda a Manuela, y entonces, se queda de pie, delante nuestro.

—Pero bueno, ¿ha pasado algo bueno y no me he enterado? —le pregunto, divertido.

Mi hermana asiente, sonriente.

—Pues sí. ¿A qué no sabéis quién se ha puesto en contacto conmigo después de casi veinte años?

Manuela y yo nos miramos, pensativos. Irene nos observa, expectante, y al final, viendo que no tenemos ni idea, se anima a desvelar el misterio.

—Carla—suelta de repente.

Manuela y yo nos quedamos con la boca abierta. ¿Carla? ¿La karateka? ¿La amante de los bichos? ¿Esa pequeñaja delgada como un espárrago?

—¿En serio? —pregunta Manuela, asombrada.

Irene asiente enérgicamente.

—Sí. Resulta que mi madre habló hace poco con la madre de Carla, y nos han puesto en contacto. Me ha contado que está viviendo en Madrid y que tiene muchas ganas de vernos.

Yo sonrío ante aquella buena noticia, y de repente, noto mariposas revoloteando en mi estómago.

—Oye, eso es genial. Bueno, ¿y cuando podemos quedar?

—Esta noche hemos quedado para cenar. Os apuntáis, ¿no?

Manuela asiente.

—Claro, llamo a Jaime y se lo digo. No creo que haya problema, aunque si no puede él, voy yo, igualmente.

Me encanta la idea de cenar mientras recordamos viejos tiempos. Estoy deseando ver a Carla, y charlar con ella... Un momento. ¡Mierda! ¡Esta noche tengo la cita con Marisa!

—Yo no puedo, Irene. Justo esta noche he quedado—respondo, abatido.

Entonces, Irene pone cara de fastidio.

—¡Venga ya, Jorge!

—Te lo prometo. Me encantaría ir, pero ya me he comprometido.

Además, me lo has dicho con poco tiempo...

Mi hermana pone los ojos en blanco y dice:

—Bueno, sí, pero es que, hoy he tenido un día de locos. Se me ha olvidado el teléfono en casa, y por eso no he podido avisar. Menos mal que quedé con Carla ayer.

En ese momento, Víctor llega con cara de agotamiento. Se apoya sobre el mostrador de recepción y lanza un sonoro suspiro. Todos le miramos.

—Vaya, parece que no he sido la única que ha tenido una mala mañana— comenta Irene.

—Mejor di una mala noche. Estoy agotado.

—¿Qué ocurre? —pregunta Manuela, preocupada.

—Mi hija ha estado con fiebre y no hemos podido dormir.

—Pero, ¿ya está bien? —pregunto.

—Sí, es una campeona. Le dimos su medicina y pronto volvió a estar bien. Pero el susto no nos lo quita nadie.

En ese momento, Irene le da una palmadita en el hombro.

—Los niños son más fuertes de lo que creemos. Yo cada dos por tres, tengo algún enfermo en el colegio, y a pesar de estar mal, juegan como si nada y se recuperan rápidamente.

Víctor sonrío.

—Sí, tienes razón. Pero bueno, no puedo evitarlo. Soy un padre preocupado.

—Pues todavía te queda. Ya verás cuando empiece a ligar—comento yo.

Víctor pone gesto serio.

—Eso ya se verá, primero deben pasar un control paterno antes de salir con mi niña.

—No te preocupes, si es como yo, todo estará controlado—afirma Irene.

Víctor la mira, alzando una ceja.

—Pero si a ti no te faltan ligues.

—Ya, pero no me enamoro. Así evito sufrimientos innecesarios.

—¿Eso le dices a los niños cuando les lees La Cenicienta? ¿Qué Cenicienta no se enamora del príncipe? Estoy seguro de que les has soltado alguna de las tuyas y los has traumatizado.

Mi hermana le mira, divertida.

—Mira que eres bruto. Una cosa es leer cuentos, y otra cosa es creérselos. De todas formas, tranquilo, estos comentarios los reservo para mí y para los insensatos.

Yo no puedo evitar reírme ante la ocurrencia. En parte, mi hermana tenía razón. El amor solía traer complicaciones, aunque no compartía su visión tan radical del asunto. A mi alrededor había parejas maravillosas, como Manuela y Jaime, o Víctor y Elisa, que eran felices, y, por lo tanto, desmontaban las teorías de mi hermana sobre la inutilidad de enamorarse.

Finalmente, llego a casa, me meto en la ducha y empiezo a pensar en Carla. Ya habían pasado dieciocho años desde la última vez que nos vimos. Desapareció de nuestras vidas de repente, tras la muerte de su abuela, y no volvimos a saber nada de ella. La de vueltas que puede dar la vida.

Me fastidiaba un poco el hecho de que justo esa noche tuviera una cita, porque realmente tenía ganas de ver a mi salvadora. Aún le debía una. Y ese primer beso... Sacudo la cabeza, tratando de pasar por alto el cosquilleo que siento en mi estómago al recordar aquello.

Después de ducharme, entro en la habitación y saco del armario la ropa que voy a ponerme para la cita. Una camisa blanca, chaqueta y pantalones negros, y zapatos de vestir del mismo color. Cómodo y elegante. Cojo unos preservativos de mi mesilla por si acaso me hacen falta esta noche. Tengo el presentimiento de que no dormiré en casa.

Una vez estoy preparado, salgo de casa, y voy al garaje, donde tengo guardado mi coche. A continuación, arranco el motor y me dirijo a la casa de Marisa. Tardo unos quince minutos en llegar, y aparco justo delante de su puerta.

Vive en una urbanización llena de casas adosadas. Me abre la puerta enseguida, y en cuanto la veo, me quedo sin palabras. Está espectacular. Se había puesto una falda corta roja, por encima de las rodillas, una chaqueta larga de color negro, y botines del mismo color.

Me mira de forma sugerente y seductora. Me acerco a ella y nos damos un beso en cada mejilla. Después, me agarra del brazo, y nos vamos en dirección al restaurante, que no está lejos de allí.

Se trata de un restaurante italiano pequeño, con un ambiente cálido e íntimo. Perfecto para parejas enamoradas. Es un lugar elegante y sofisticado, y en un primer momento, considero que seguramente es bastante caro, pero al mirar la carta, descubro que estoy equivocado. Los precios eran moderados. Todo parecía tener muy buena pinta.

Pido unos espaguetis carbonara, y agua mineral. En cuanto el camarero se va, comenzamos a hablar:

—¿Y cómo es que vienes a nuestro gimnasio? No te pilla cerca.

—Es que trabajo en un edificio de oficinas que hay por allí cerca, y me viene bien.

—¿A qué te dedicas?

—Soy directora de recursos humanos.

Yo asiento.

—Interesante. ¿Y te gusta?

Ella se ríe.

—No me gusta, pero gano mucho dinero. Así que, compensa. ¿Y a ti te gusta ser profesor de aeróbic?

—A mí me encanta mi trabajo. No puedo quejarme.

Ella me dedica una mirada sugerente, y dice:

—Y hablando de otras cosas. ¿Tienes pareja en este momento?

Yo sonrío.

—No, y la verdad es que no busco nada serio por ahora—me apresuro a contestar. No quería que tuviera falsas esperanzas.

Ella se ríe.

—Tranquilo, yo tampoco quiero nada serio. Me divorcié hace un año, después de cuatro de casada. No tengo interés en atarme, solo quiero pasarlo bien.

Yo entonces la miro de forma seductora.

—Pues, divirtámonos entonces—respondo con picardía.

A la mañana siguiente, me marché de la casa de Marisa temprano, para regresar a mi apartamento, y cambiarme para ir a trabajar. Aunque apenas he dormido, me siento bien. Ha sido una noche fantástica. Después de cenar, fuimos a su casa y disfrutamos de grandes momentos de pasión y desenfreno. Puro sexo, sin amor ni complicaciones. No era una relación amorosa, solo nos habíamos divertido, y con eso bastaba.

Son las seis de la mañana, y apenas hay gente por la calle. El rápido trayecto está yendo bien, hasta que algo se cruza en mi camino, y tengo que pegar un frenazo que hace chirriar las ruedas. Afortunadamente, no hay ningún coche por allí cerca, así que no he provocado ningún accidente.

Me aparto a un lado, y miro por el retrovisor. Veo a un perro pequeño parado en la acera que parece muy asustado. Ahí está el causante del frenazo. Me bajo del coche y me acerco a él. El pobrecillo se queda quieto, expectante, mirándome con cierto temor y con las orejas gachas. Es de color blanco, con manchas negras, y no me llega ni a la altura de la rodilla. Parece bastante

jovencito.

Consigo llegar hasta él, y me agacho despacio, procurando no asustarle más. Él se queda quieto, mirándome con desconfianza.

—Hola, pequeñajo. ¿Te has hecho daño?

Él parece relajarse ante mi dulce tono de voz, porque ya no me mira con temor. En ese momento, se mueve un poco, como queriendo acercarse más a mí.

Pero, de repente, empieza a llorar. Está claro que algo le duele. Sin pensármelo dos veces, y viendo que confía en mí, le cojo en brazos, y le subo al coche.

Debo ayudarle a atender su herida, así que saco mi teléfono, y busco en Internet clínicas veterinarias cercanas. Una vez estuviera asistido, el veterinario podría leer su chip y ponerse en contacto con su dueño, si es que tenía alguno.

Enseguida encuentro la dirección de una clínica por allí cerca. Pongo al perrito en el asiento de atrás, y el pobre no se mueve de ahí. A los pocos minutos, llegamos a la puerta de la clínica, que no abre hasta las ocho, así que nos quedamos en el coche esperando.

Capítulo 5

Carla

Estoy muy emocionada. Esta noche, después de dieciocho años, voy a reencontrarme con una de mis mejores amigas de la infancia. Y, además, volveré a ver a Jorge, mi amor platónico, y a parte de la pandilla. Estoy que no me lo creo.

Llego al restaurante donde habíamos quedado, y enseguida reconozco a Irene, que me está esperando sentada en una mesa, junto a otra mujer. Fue fácil reconocerla, porque está igual que en las fotos de su perfil de Facebook. Está guapísima, con su pelo castaño claro suelto y su estilizada figura, luciendo una camisa de color rosa pastel y unos vaqueros oscuros. No sé cuántas veces le dije en su época, cuando tenía tantos complejos por sus kilos de más, que tenía una cara preciosa, y que eran tontos aquellos que no eran capaces de apreciar su belleza. Sonreímos al vernos, y enseguida se levanta para darme un abrazo.

—¡Qué alegría verte! —me dice, emocionada.

—Lo mismo digo—respondo, sonriente.

Nos separamos, y me presenta a la mujer que estaba sentada con ella.

—¿Te acuerdas de Manuela?

Yo me quedo asombrada en ese momento. Pues claro que me acordaba. Aunque ahora estaba un poco distinta, claro.

—¡Manuela! ¿Cómo estás? —pregunto, mientras nos abrazamos.

—Bien. Muy bien, debo decir—me contesta ella.

—Es que va a ser mamá—aclara Irene.

Yo sonrío en respuesta y le doy la enhorabuena. A continuación, nos sentamos, y ojeamos el menú, buscando qué pedir para cenar.

—Por cierto, ¿no va a venir Jorge? —pregunto, mirando a mi alrededor.

Irene niega con la cabeza.

—No ha podido. Tenía un compromiso. Pero no te preocupes, ya quedaremos con él otro día.

La verdad es que me siento un poco decepcionada ante la idea de no verlo, sin embargo, decido no comentar nada al respecto. Ya habría ocasión de verse. Una vez pedimos lo que queríamos, nos ponemos al día.

Irene y Manuela me contaron a qué se dedicaban, y cómo les habían ido

las cosas en estos años. No me sorprende ante la noticia de que Manuela y Jaime se habían casado, y que iban a formar familia. Siempre intuí que aquellos dos acabarían juntos.

Irene estaba en la misma situación que yo. Solteras y sin compromiso, tras alguna que otra relación fracasada. Aunque, a diferencia de mí, a Irene no le faltaban ligues. Tenía muchos amigos con derecho a roce, pero nada más que eso. Yo soy un poco más conservadora.

Manuela me cuenta que trabaja con Jorge en su gimnasio, y cada vez que menciona su nombre, no puedo evitar emocionarme un poquito, como cuando era una cría que andaba detrás de él. Según me dice, su cambio físico ha sido espectacular, y ahora era un ligón de cuidado. No tenía novia, algo que me encantó saber, y al igual que yo, había tenido relaciones que habían acabado mal. Quien se lo iba a decir entonces, cuando se metían con él por tener unos kilos de más. Yo siempre supe que debajo de ese físico que no reflejaba el canon de belleza establecido, había alguien muy especial. Lástima que él no pensara lo mismo de mí.

—Oye, a lo mejor ahora, Jorge y tú podéis, ya sabes...—comenta Irene, mirándome con picardía.

Yo me rio ante la ocurrencia.

—Anda, deja de decir tonterías.

Manuela nos mira frunciendo el ceño.

—Un momento, no me digas que tú...

Yo asiento.

—Sí, estaba loquita por Jorge.

Manuela me mira, sorprendida.

—No me lo puedo creer. ¡Pero si era una bola de billar! Ninguna chica se fijaba en él.

—Pues ya ves. Yo sí lo hice. Pero vamos, que dio igual. Él nunca tuvo interés en mí—aclaro.

—Menuda sorpresa. Pues oye, yo no lo descartaría. Eres una preciosidad, a lo mejor se fija ahora—comenta Manuela.

Yo entonces vuelvo a reírme.

—Eso no importa. No tengo interés. Eso es cosa del pasado—contesto, mintiendo descaradamente. Ni siquiera yo misma me creía lo que acababa de decir. Y creo que ellas tampoco.

Cambiamos de tema, y me cuentan qué ha sido del resto de la pandilla. Juan está casado y trabaja como guía turístico en Madrid, Lucas vive en

Alemania desde hace años, y Julia reside en Barcelona con su novio. Parece ser que todos estábamos un poco desperdigados por el mundo.

Finalmente, terminamos de cenar, y quedamos en vernos pronto. Minutos más tarde, llego a casa, y me meto en la cama rápidamente, ya que mañana tengo que ir a la clínica temprano.

Aquella noche, soñé con Jorge, aunque no con el de ahora, sino con el del pasado, que era al único al que conocía de momento. En el sueño, volvíamos al parque de Arriaga. Allí estábamos, sentados en el césped, tomando un helado. De repente, sin saber por qué, él me declaraba su amor incondicional, como tantas veces lo había hecho en mis sueños en el pasado. Pero justo cuando íbamos a besarnos, sonó el maldito despertador, devolviéndome a la realidad.

Son las ocho, y mi ayudante, Sonsoles, ya está esperándome en la recepción.

—Tienes un paciente esperándote en la consulta—me dice nada más verme.

Yo la miro, extrañada.

—¿Tan pronto, un sábado?

Ella asiente.

—Es un hombre que ha atropellado a un perro.

Al instante, entro en la consulta y cierro la puerta tras de mí, sin fijarme en el hombre.

—Buenos días. Cuénteme, ¿qué le ocurre al perro? —pregunto, mientras me coloco delante de la camilla.

De repente, alzo la vista, y me quedo sin palabras. Parece que a él le ha ocurrido lo mismo, porque me mira, perplejo. No puedo creerme lo que están viendo mis ojos. Ante mí, está el hombre que vi en la Casa del Libro. Ese hombre tan guapo que me había gustado tanto. Sacudo la cabeza, al darme cuenta de la situación. Estoy en el trabajo, y debo centrarme en mi paciente, el perrito que él sujeta entre sus brazos.

—Buenos días. Pues, verá, el perro cruzó la calle corriendo y pasó por delante de mi coche. Afortunadamente, pude esquivarlo, pero creo que se ha hecho daño en una pata—me explica.

Yo observo al perro, que parece triste y asustado.

—Por favor, póngalo sobre la camilla, voy a examinarlo. ¿Es usted el dueño?

Él obedece, y coloca al perro sobre la camilla.

—No, no es mío.

—Bueno, ahora miraré a ver si tiene chip—digo, mientras examino la pata que parecía dolerle. Por suerte, encuentro rápidamente la causa del dolor—. Buenas noticias. No tiene nada roto. Se ha raspado la almohadilla de la pata trasera derecha, por eso le molestaba al andar. Esto se cura con un poco de desinfectante, y en unos días se recuperará.

El hombre pareció alegrarse.

—Menos mal que al final no es nada grave.

Yo le miro y sonrío.

—Bueno, ahora voy a comprobar si tiene chip.

Cojo la máquina lectora, y se la paso por detrás de la cabeza, pero no hay nada. Parece ser que, o se había escapado, o lo habían abandonado. Compruebo que el perro está tranquilo, gracias a los mimos que le está dando el hombre. Enseguida noto que existe cierta conexión entre aquellos dos.

—Me temo que no sabemos la identidad del dueño. No tiene chip.

El hombre me mira, preocupado.

—¿Y qué se puede hacer?

—La solución sería que alguien se lo quedara, mientras buscamos a su dueño. Puedo poner un anuncio en redes sociales, a ver si el dueño aparece. Aunque, al no tener chip, lo más seguro es que el dueño no quiera saber nada. Si en un tiempo no aparece nadie, entonces, habría que enviarlo a un refugio, a la espera de que alguien lo adopte.

—Bueno, ¿y quién podría cuidarlo?

Yo me encojo de hombros.

—Sería estupendo que usted pudiera quedárselo en acogida hasta que encontráramos al dueño o a una familia que lo adoptara.

Él niega con la cabeza al instante.

—No, no puedo hacerme cargo.

Aunque me decepciona un poco la respuesta, empiezo a considerar otra solución.

—Bueno, entonces, llamaré al refugio, seguro que ellos encuentran a alguien. Deme un segundo, voy a buscar el número.

Me doy media vuelta, y me dirijo al teléfono de la consulta, para contactar con el refugio. De repente, escucho al perro llorar tímidamente.

—No me mires así, soy débil ante esa mirada—oigo decir al hombre.

Los miro de reojo, y veo como el perro agarra el brazo del hombre con

las patas. Era una imagen tan tierna, que casi lloro de la emoción. Aquellos dos estaban hechos el uno para el otro. Yo finjo estar hablando con alguien, pero era mentira, el teléfono del refugio estaba comunicando. En ese momento, escucho al hombre suspirar.

—Espere. Creo que he encontrado una solución.

Cuelgo el teléfono, y me acerco a ellos.

—Usted dirá—digo, mientras acaricio el lomo del perro.

El hombre suspira de nuevo con resignación.

—Parece que no quiere que nos separemos. Así que, he decidido que se quede conmigo, aunque sea temporalmente.

Yo no puedo disimular mi alegría y sonrío ampliamente.

—Genial. Le aseguro que es preferible que esté con usted a que se quede en un refugio. Está haciendo una magnífica labor. Se lo aseguro.

Él sonríe en respuesta, y noto mariposas revoloteando en mi estómago.

—Ahora, vamos a hacerle la ficha, para así tenerlo controlado. Primero, voy a mirarle los dientes, a ver si podemos determinar una edad aproximada.

El perro se queda quieto, y deja que le examine la dentadura. Tendría unos seis meses, ya que aún conservaba algunos dientes de leche. Después, me dirijo al ordenador, y empiezo a rellenar los datos. Edad, color del pelaje, raza.

Por sus características, observo que es un ratonero valenciano, una raza originaria de la Comunidad Valenciana. Le ofrezco un poco de agua en un cuenco, y el perro se la bebe rápidamente.

—Bien, ahora necesito sus datos para ponerme en contacto con usted. ¿Nombre?

—Jorge Estévez Martín.

Escribo el nombre en la ficha, y entonces mi cerebro parece recordar algo. Ese nombre me resulta familiar, aunque al instante pienso que puede ser una mera coincidencia. Sigo preguntando, y el hombre me facilita sus datos personales. Yo le miro, desconcertada, cuando me da su dirección. Vive en Ciudad Lineal. Según recuerdo, Irene me comentó que Jorge vivía por esa zona, cerca de la antigua casa de su madre. Es entonces cuando me armo de valor y decido salir de dudas.

—¿Eres el hermano de Irene?

Él me mira, asombrado.

—Sí, tengo una hermana que se llama Irene—contesta.

Ahora estoy completamente segura. Tiene que ser Jorge, mi Jorge. No me

lo puedo creer.

—Soy Carla. ¿Me recuerdas? —le explico, sonriente.

Es entonces cuando él se lleva las manos a la cabeza y sonrío.

—¡Qué fuerte!

Al instante, nos acercamos y nos fundimos en un sentido abrazo. La suerte me acababa de sonreír. Jorge y yo nos reencontramos en la situación más inesperada. Nos separamos y nos miramos de arriba abajo, aún sin creérnoslo.

—Es increíble. Justo ayer me quedé con mal sabor de boca por no haber podido verte, y mira ahora. Parece que el destino nos tenía preparada una sorpresa—comenta él, contento.

—¡Y vaya sorpresa! Estoy que no me lo creo.

Los dos sonreímos, mirándonos, ensimismados. Casi nos olvidamos del perrito, que nos observaba, expectante.

—Antes de nada. Tenemos que ponerle un nombre—digo, centrándome de nuevo en mi paciente.

Nos ponemos a pensar, y yo aprovecho el momento para mirar a Jorge de reojo. Con esa media melena castaña, y ese rostro de mandíbula marcada, con su barba y su bigote, parecía un tipo seductor y rebelde. Había cambiado mucho, eso desde luego.

—Creo que le voy a llamar Maco. Cuando era pequeño, siempre quise tener un perro y quería llamarlo así. No sé por qué.

Yo sonrío, satisfecha. Me gustaba el nombre. Era corto y original.

—Muy bien, pues Maco se llamará.

Escribo el nombre en el ordenador, y termino de rellenar los datos.

—Muy bien. Ahora, lo que podemos hacer es ponerle el chip, y las vacunas—le comento.

Jorge me mira frunciendo el ceño.

—¡Un momento! Yo no me lo voy a quedar. Seguro que su dueño le está buscando. Y, además, ¿no es muy pronto para estar con estos líos de vacunas y todo eso? El pobre se va a traumatizar.

Yo suspiro.

—Tengo que ponerle el chip para que esté identificado, aunque luego se cambie el nombre del dueño. Y tiene que tener puestas las vacunas correspondientes para que no se ponga enfermo y no haya ningún problema.

Jorge asiente. Parece estar conforme con mi argumento.

—De acuerdo. Proceda usted entonces, doctora.

Le pongo el chip y las vacunas, y a pesar de todo, Maco se porta bien.

Era un perro tranquilo, a pesar de ser tan jovencito. Terminó de meter los datos en el ordenador, y una vez hecho esto, Maco ya estaba listo para irse.

—Debe comer este pienso para cachorros, las dosis vienen explicadas en la parte de atrás. Toma, este cacharro para el agua y este para la comida. Hay una tienda aquí cerca donde venden correas para perros. Asegúrate de llevarle siempre atado, para que no se escape, no queremos otro disgusto. Si tienes dudas, aquí tienes mi número—le explico, entregándole una tarjeta con mi número personal.

Jorge me mira un poco perplejo ante tanta información.

—¿Alguna cosa más?

—Sí, no hace falta que le vendas la herida, solo dale desinfectante y mantenla limpia.

Justo cuando iban a marcharse, después de que Maco me diera un lametón en la cara como muestra de agradecimiento, Jorge me mira, sonriente, y me dice:

—Oye, estaba pensando que, como soy un novato en todo esto. ¿Qué te parece si cenas con nosotros esta noche en casa? Como muestra de agradecimiento y para que me asesores un poco más.

En ese momento, me quedo sin palabras. ¿De verdad estaba despierta o me había quedado atrapada en un sueño? No, esto era mucho mejor. Me pongo muy nerviosa, y noto cómo mi corazón late a toda velocidad. A pesar de eso, soy capaz de contestar.

—Claro, iré encantada.

<<Y lo que tú me pidas>>, le digo mentalmente.

Ambos sonreímos, y quedamos en vernos en casa de Jorge a las ocho. En cuanto cierra la puerta, suspiro, soñadora. No puedo creerme nada de lo que acaba de ocurrir. Siento que estoy flotando sobre una nube, y que mis pies no tocan el suelo.

En este momento, me pongo a dar saltitos de alegría, aprovechando que nadie me ve. Soy muy, pero que muy feliz. Mi caballero de la brillante armadura quería que fuera a su casa, y me había invitado a cenar, con su adorable compañero perruno. Los dos eran preciosos. Para comérselos a besos. Bueno, ahora debo calmarme. Mente fría, Carla. Esto solo acaba de empezar.

Capítulo 6

Jorge

Tras comprar la correa y algunas otras cosas que necesitaba para Maco, los dos regresamos a mi casa. Aún no me creo lo que ha sucedido. Ayer no tenía mascota, y me estaba liando con una mujer espectacular. Y ahora tenía un perro, aunque fuera algo temporal, y me había reencontrado con la chica de Callao, que ha resultado ser, ni más ni menos que mi heroína, Carla. La vida está llena de sorpresas.

La verdad es que estoy contento. Nadie mejor que ella para guiarnos a Maco y a mí en esta aventura que emprendemos juntos. Al principio, me daba un poco de vértigo y no sabía si sería capaz de asumir tanta responsabilidad, aunque solo fuera por tiempo limitado.

Sin embargo, en cuanto Maco me ha agarrado el brazo con sus patitas y me ha mirado con ojos tristes, no he tenido opción. Está claro que Maco y yo estábamos destinados de alguna forma.

Su aspecto delgado y demacrado, y el hecho de que no tenga chip, deja claro que el dueño no tiene ningún interés en recuperarlo. Así que, yo me haré cargo de él, hasta que alguien lo adopte. Intentaré que su estancia conmigo sea agradable.

Por otro lado, ha sido emocionante descubrir que Carla era la mujer que me había dejado hipnotizado aquella tarde en Callao. La verdad es que había cambiado, pero a mejor. Seguía siendo delgada, y ahora tenía el pelo más corto, una media melena castaña, con mechas rubias. Su sonrisa seguía siendo tan vivaracha y alegre como siempre, al igual que su mirada de color miel.

No obstante, debo controlarme. Carla es una amiga, y cualquier lío con ella sería saltarme una norma que me impuse hace tiempo. Las viejas amigas de la infancia son sagradas. Así que, solo seríamos colegas, sin derecho a roce ni nada parecido. Además, viendo lo bonita que es, estoy seguro de que ya tiene novio. Solo un tipo sordo y ciego la dejaría escapar.

Llegamos por fin a casa, y me doy cuenta de que son casi las diez de la mañana. Ya tendría que estar preparando la clase del sábado. Dejo a Maco en el suelo del salón, y coloco su camita en una esquina. Le sirvo un poco de agua

en un cuenco, y veo que el pobre se la bebe con ansiedad. A continuación, le pongo un poco de pienso, y lo devora en pocos segundos.

Empieza a caminar por la casa, como inspeccionando el terreno. Yo, mientras sigo sus pasos, cojo el teléfono y llamo al gimnasio.

—Buenos días, gimnasio En forma, ¿en qué puedo ayudarle? —contesta Manuela al otro lado de la línea.

—Buenos días, Manuela, soy Jorge. ¿Está por ahí Marta?

—Sí, por aquí anda. ¿Y tú dónde estás? Ya tendrías que estar preparando la clase.

—No voy a poder ir, me ha surgido un contratiempo. Llegaré más tarde. Por favor, dile que se ponga.

Enseguida, escucho la voz de Marta.

—Buenos días.

—Buenas. Necesito que me sustituyas en la clase de aeróbic de las diez. Voy a llegar un poco tarde, y no me da tiempo.

Oigo que Marta suspira, exasperada.

—Vale, pero me debes una.

—No te preocupes, te devolveré el favor con un día libre extra. ¿Te parece bien?

—Bueno, entonces el sacrificio merecerá la pena. No te preocupes, te cubro. Te dejo, que ya es casi la hora. Nos vemos, jefe.

—Gracias, Marta.

Cuelgo y me doy cuenta de que Maco ha desaparecido. Empiezo a buscarlo por la casa, y de repente, noto que me resbalo con algo. Miro hacia abajo, y veo un enorme charco de pis, en medio del pasillo. ¡Oh no! ¡Maco se ha hecho pis! ¡Mierda! Claro, es un cachorro. Todavía no puede controlarse. A pesar de mi enfado, intento no ser duro con él.

—¡Maco! ¡Eso no se hace! Tienes que hacer pis en la calle—le digo, señalándole con el dedo.

Sin embargo, el enfado me dura poco, porque el pobre me mira con cara de arrepentimiento, y con esa mirada de no haber roto un plato, yo me convierto en un ser débil. Decido ser comprensivo, y voy a la cocina a buscar la fregona para limpiar el desastre.

Al llegar allí, hago un nuevo descubrimiento. Parece ser que Maco ha estado entretenido mientras yo hablaba por teléfono. En la entrada de la cocina, me encuentro algo sólido y apestoso. ¡Joder!

Después de recogerlo, me preparo para ir al gimnasio. Me cambio de

ropa, y en cuanto estoy listo, me dirijo a la puerta. Echo un vistazo a Maco, que está en su camita tumbado.

Pero justo cuando voy a salir, noto algo a mis pies. Maco está allí, llorando, y golpeando mis piernas con las patas delanteras. Quería intentar abrazarme, como en la consulta de Carla. Ahora sí que teníamos un problema. Parece ser que no quería quedarse solo. Yo me agacho, y le agarro por las patas.

—Maco, tengo que irme a trabajar. Tú tienes que quedarte cuidando de la casa. No te preocupes, que luego vuelvo.

Pero él no parece creérselo, porque se agarra a mi brazo con fuerza. Yo suspiro, intentando encontrar una solución. Es cierto que aún era pronto para dejarlo solo. Pienso en lo que el pobre ha tenido que pasar, y se me rompe el corazón. Seguramente, llevaba días vagando por ahí, solo, sin nadie que le echara una mano. Y ahora que había conocido a un humano que le había ayudado, este cogía y se marchaba. No me extraña que el pobre tenga miedo. De repente, hallo una solución, de carácter excepcional.

—Bueno, venga, hoy te vienes conmigo. ¡Pero solo hoy! ¿De acuerdo? — le advierto.

Él no parece enterarse de nada, hasta que le pongo la correa otra vez, y salimos por la puerta juntos. En ese momento, se muestra entusiasmado. Por suerte, el gimnasio no está lejos de mi casa, así que vamos los dos dando un agradable paseo. Aunque Maco tira como un loco de mí, porque está en fase explorador, y quiere olerlo todo.

Llegamos al gimnasio, y enseguida causamos expectación. Manuela nos mira a los dos, frunciendo el ceño.

—Jorge, ¿y ese perrito?

Yo me coloco delante del mostrador, mientras Maco se cuela por debajo, para saludar a Manuela con entusiasmo. Veo que ella responde de la misma forma. Le acaricia la cabeza y le sonrío, mientras Maco le da un lametón en la cara.

—Me lo encontré esta mañana. Casi lo atropello. Así que le he llevado al veterinario. Se quedará conmigo temporalmente, hasta que encontremos una familia que lo adopte.

—Pues yo creo que deberías quedártelo. ¡Es monísimo!

—¿Y por qué no te lo quedas tú? —sugiero.

Manuela me mira, seria.

—Porque ya tengo un gato y dos periquitos. Bastante me cuesta poner paz

en casa con semejante panorama.

—Por cierto, ¿sabes a quién me he encontrado en el veterinario?

Manuela niega con la cabeza.

—A Carla. Bueno, de hecho, ella es oficialmente nuestra veterinaria.

Manuela me mira con cara de sorpresa.

—Pero bueno, qué pequeño es el mundo. Anoche nos lo pasamos genial. Estuvo muy bien el encuentro. Ya hemos prometido repetirlo. Debo decir que, Carla ha mejorado mucho. La he visto muy guapa.

—Sí, la verdad es que sí—comento sin darme cuenta—. De hecho, hemos quedado esta noche en mi casa.

—Aquí el que no corre, vuela—dice, sonriendo con picardía.

En ese momento, me pongo nervioso y me apresuro a aclarar el asunto.

—No, no. No pienses mal. Es que, como ando un poco perdido con Maco, ella va a venir a ayudarme.

—¿Maco? —pregunta, intrigada.

—Así se llama el perrito.

—Entiendo—responde, mirando a Maco, que sigue recibiendo mimos de Manuela.

—Ando un poco como una gallina sin cabeza con esto de tener mascota. Viene a asesorarme.

—Bueno, bueno. Lo que tú digas.

De repente, Víctor aparece y se une a nosotros.

—¡Hombre! ¡El desaparecido! ¿Qué es ese asunto que te ha mantenido lejos del trabajo?

En ese momento, Maco sale a su encuentro, y pone las patas delanteras sobre las piernas de Víctor. Él se queda un poco desconcertado, pero no sé qué tiene Maco, que todos acaban enamorados de él. Víctor se agacha, y empieza a darle mimos. Al cabo de un instante, Maco acaba tirado en el suelo boca arriba, dejando que mi socio le acaricie la tripa.

—Este pequeñajo es el culpable de que haya llegado tarde. Se llama Maco.

Víctor no me dice nada, porque está ocupado con Maco. Justo en ese momento, llega Marta, mostrándose animada y contenta.

—Buenos días, jefe. ¿Y este perrito? —pregunta.

—Se llama Maco. Es un perrito que ha adoptado Jorge. ¿A qué es mono? —contesta Manuela.

—Está en acogida. No lo he adoptado—aclaro.

Marta le da un par de caricias, que Maco recibe encantado, y entonces, centra su atención en mí.

—Bueno, quiero darte las gracias por haber llegado tarde—me dice, emocionada.

Yo frunzo el ceño.

—¿Y eso?

Marta se apoya en el mostrador, soñadora.

—He conocido a la mujer de mis sueños—sentencia.

Manuela, Víctor y yo la miramos, incrédulos.

—Marta, ¿te encuentras bien? No te habrás dado un golpe en la cabeza o algo—comenta Víctor, preocupado.

Efectivamente, aquello no era propio de Marta. Nuestra querida compañera era una rompecorazones. Una mujer con un enorme atractivo físico, cuerpo perfecto, pelo corto pelirrojo, y mirada azul felina. Nunca se comprometía. Con todas las mujeres con las que salía, no duraba más de tres meses. Lo suyo no era el compromiso.

—No, no me he dado un golpe en la cabeza. Aunque admito que he sufrido un shock cuando he visto a semejante mujer. ¡Madre mía! Casi me derrito al pensarlo.

—¿De quién se trata? —pregunta Manuela.

—Marisa, es una alumna nueva. Morena, tetas grandes, culo perfecto. Buff, me acaloro cada vez que lo pienso—responde Marta.

Yo me empiezo a reír.

—Marta, creo que no es tu tipo. No creo que lleguéis a nada.

—¿Y eso por qué? —pregunta ella, algo molesta.

—Porque salió con ella anoche—contesta Manuela en mi nombre.

Entonces, Marta me mira y dice:

—¡Ah, es eso! Bueno, si es algo serio, entonces no me meto.

Yo la miro, incrédulo.

—No, tranquila. Solo fue un rollo de una noche. Yo lo decía porque está claro que no le gustan las mujeres.

Marta entonces me mira de forma pícara.

—Quizás no le gusten las mujeres, pero conmigo la cosa es distinta. Fortalezas más complicadas he conquistado—asegura, guiñándome un ojo.

Yo me quedo un poco desconcertado ante esa afirmación. ¿Hablaban en serio? Bueno, de Marta y su poder de seducción uno podía esperar cualquier cosa. Ahora me había entrado la curiosidad. Víctor y Manuela nos miraron,

divertidos. Ellos también pensaban igual que yo. Desde luego, en este trabajo nunca nos aburríamos.

Tengo que dejar a Maco al cuidado de Manuela, porque debía volver al trabajo. Ambos estaban encantados en su mutua compañía, y aunque veía de vez en cuando a Maco ponerse en modo explorador, olisqueando todo lo que había a su alrededor, parece que la compañía de Manuela lo tranquilizaba.

También le ayudaba bastante el hecho de ver que yo andaba por allí. Cada vez que me acercaba, levantaba las orejas, y se volvía loco de contento. Pero claro, no podía depender tanto de mi presencia. Debía aprender a estar solo. Hablaría con Carla esa noche, para ver si encontrábamos alguna solución.

Al acordarme de ella, siento un cosquilleo en el estómago. La verdad es que tenía ganas de verla y hablar con ella más tiempo. No solo de Maco, sino de otras cosas. Recordé en ese momento que Manuela no mencionó que Carla tuviera novio. Bueno, a mí me daba lo mismo. No iba a intentar nada con ella.

Maco se estaba ganando el cariño de todos los clientes del gimnasio, y estaba recibiendo todos los mimos del mundo. Él encantado, claro está.

Alrededor de las doce, llega mi hermana Irene, y le ocurre lo mismo que a todos. Cae rendida a los encantos de Maco. Mientras tanto, Manuela le cuenta toda la historia.

—Es precioso, Jorge. ¡Qué rico!

—¿Quieres quedártelo? —pregunto, animado.

Mi hermana me mira, seria.

—Mi casero no permite tener mascotas. Además, bastante tengo con mi compañera de piso.

Vaya, esto iba a ser más complicado de lo que yo creía.

—¿Por qué te lo has traído al trabajo?

—Porque no quería quedarse solo. Es su primer día conmigo, y no se me ocurrió otra solución. Parecía asustado.

Mi hermana niega con la cabeza.

—Jorge, el perro no puede estar pululando por aquí. No es una buena idea. Se me ocurre que puedo quedarme yo con él hoy. Déjame las llaves de casa, y me quedo con él hasta que vuelvas.

—¿Estás segura? La verdad es que me harías un favor enorme.

—Claro, no te preocupes. Hoy no tengo planes. Además, así puedo jugar un poco a la PS4...

Ahora entiendo todo. Siempre que viene a mi casa, se pasa largos ratos jugando a la consola. Le encanta jugar con la PlayStation 4, sobre todo al

Uncharted.

—¿Por qué no te compras la consola, en vez de venir a mi casa a usarla?

—Porque en el piso tan canijo que comparto, no tengo sitio.

Yo suspiro con resignación.

—Bueno, venga, porque me haces el favor. ¡Pero no toquetees, a ver si me vas a desconfigurar algo! —le advierto.

—Prometido—responde ella con una sonrisa.

Elisa, la mujer de Víctor, llega en ese momento, acompañada de la pequeña Yolanda.

—¡Hola a todos!

Todos sonreímos, y a continuación, llega Víctor, que coge a su hija en brazos. La pequeña no aparta su vista de Maco, que la mira, entusiasmado.

—¿Y este perrito? —pregunta Elisa, mirándolo con ternura.

—Se llama Maco, está en casa de Jorge temporalmente, aunque espero que se quede de forma definitiva—responde mi hermana, mientras yo pongo los ojos en blanco. Entonces, agarra la correa, y hace que Maco se coloque a su lado—. Bueno, nos vamos a casa.

Víctor se agacha para acariciarlo, mientras Yolanda estira los bracitos.

—¿Te vas, pequeñajo? Iremos a verte un día de estos, que nos has caído bien—dice Víctor, sonriendo, mientras Yolanda acaricia la cabeza de Maco.

Este responde a las caricias con un lametón en la manita de la niña. La verdad es que era muy cariñoso con todo el mundo. No podía entender como alguien había sido capaz de abandonarlo.

Antes de marcharse, también se despide de mí, con esos ojos de tristeza que pone cuando nos separamos. Pero esta vez he sido fuerte y no he cedido. Finalmente, se marchan y yo vuelvo al trabajo. Estoy tranquilo porque a Irene le encantan los animales. Maco está en buenas manos.

Capítulo 7

Carla

Esta puede ser mi gran noche, como cantaba Raphael en la célebre canción. Para la ocasión, me he puesto unos pantalones vaqueros de color azul ajustados, botines negros de tacón bajo, y una camisa de color lavanda entreabierta, con una camiseta de tirantes blanca con encaje en los bordes.

En el rostro he aplicado un poco de maquillaje, nada extravagante. *Gloss* para los labios, *eyeliner* negro, sombra de ojos rosa pálido, y colorete en las mejillas. Llevo mi media melena suelta, lisa, con la raya a un lado. Justo antes de salir me echo un rápido vistazo en el espejo, y me gusta lo que veo. Espero que a Jorge le encante.

Me dirijo en metro hasta su casa, y no tardo demasiado en llegar. Recuerdo la zona, ya que estuve hace algunos años en casa de los padres de Irene y Jorge. El barrio parece que ha cambiado un poco, porque hay casas y edificios nuevos.

Llamo al telefonillo, y enseguida me abre Jorge. Al llegar a la puerta, me recibe Maco, que empieza a olisquearme. Me agacho para saludarlo, y él se muestra eufórico, dándome lametones y apoyando sus patas delanteras en el suelo, indicándome que tiene ganas de jugar.

Minutos después de que se fueran de la consulta, puse un anuncio en redes sociales, con una foto de Maco, para ver si alguien lo reconocía. Por el momento, no ha habido respuesta, así que me temo que nadie va a reclamarlo.

Aparece Jorge, vestido con una camiseta blanca ajustada y vaqueros. Casi me desmayo al verle con el pelo mojado, recién salido de la ducha. Es un hombre irresistible. Se acerca a mí, mientras trato de mantener la calma. Mis piernas parecen estar fallándome.

—Hola, veo que Maco ya se ha encargado de darte la bienvenida—me dice, sonriente, mientras nos damos dos besos en la mejilla. Ahora puedo percibir su aroma. Huele a jabón y aftershave.

—Sí, veo que se ha adaptado bien. Parece contento.

—No para quieto. Es un trasto. La verdad es que, es imposible aburrirse con él. ¡Menudo día!

—¿Te ha dado muchos problemas? —le pregunto mientras le sigo hasta el

salón.

—Bueno, ya ha dejado sus huellas por la casa. Ha marcado su territorio, digámoslo así. Y esta mañana, no he sido capaz de dejarlo solo. Me ha puesto una cara de pena tremenda, y encima me ha agarrado para que no me fuera. Así que, me lo he llevado al trabajo. Menos mal que Manuela tiene buena mano con los animales. Luego, Irene se lo ha traído a casa, así he podido estar más tranquilo. La verdad es que ha enamorado a todos los clientes del gimnasio.

En ese momento, miro a Maco con ternura. Ya está en su camita, mordisqueando un juguete de plástico, que pita cada vez que lo aprieta. Es simplemente adorable.

—Bueno, es normal. Ha debido estar mucho tiempo solo. Por cierto, ¿has limpiado bien los rastros de pis?

Jorge asiente.

—Sí, claro. He pasado la fregona.

—Bien, porque si huele rastro suyo, puede volver a mearse en el mismo sitio.

—Vamos, que voy a tener que estar pendiente de que no se mee por las esquinas de la casa.

—Hasta que no pase un tiempo, y tenga una rutina, no podrá aguantarse. Todavía es muy pequeño. Pero yo te enseñaré algunos trucos para que aprenda a hacer sus necesidades en la calle lo antes posible.

Jorge me mira, esperanzado, y me dedica una sonrisa que hace que mi pulso se acelere.

—Eres un ángel, de verdad. No sé cómo podré agradecértelo.

A mí se me ocurren unas cuantas ideas, pero prefiero no compartirlas, de momento.

—No hay de qué—me limito a contestar.

—Por cierto, ¿no hay noticias del dueño o alguien que lo conozca?

Yo niego con la cabeza.

—Nada. Nadie ha comentado nada. Y me temo que eso no cambiará. Habrá que esperar unos días.

De repente, veo que Irene aparece en el salón, donde estábamos los dos hablando. La verdad es que no puedo disimular mi gesto de sorpresa al verla. Pensaba que estaríamos solos esa noche, aunque aún guardo la esperanza de que mi querida amiga decida irse a su casa. Nada más verme, Irene se acerca a mí, y me saluda dándome un beso en la mejilla.

—No sabía que habíais quedado—me dice, guiñándome un ojo, sin que

Jorge se dé cuenta.

—Viene en calidad de veterinaria de Maco. Y de paso, la invito a cenar y charlamos un ratito—explica Jorge.

—Bueno, entonces será mejor que me vaya—responde Irene.

—No, mujer. Quédate. Así charlaremos los tres—propone Jorge.

Yo, lamentablemente, deseaba que Irene desapareciera y nos dejara solos. Ella me mira con cara de circunstancias, pero no digo nada. Qué se le iba a hacer. Lo bueno se hace esperar.

—Venga, así seguimos contándonos cosas—comento.

Irene se encoge de hombros y responde:

—Bueno, me quedo entonces.

Jorge sonrío, y se marcha a la cocina para seguir preparando la cena. Irene y yo nos sentamos en el sofá y conversamos. Me quedo un poco sorprendida cuando Irene me cuenta que Jorge cocina bastante bien. Según me explica, había aprendido mucho de la abuela.

Minutos después, Maco se levanta de su camita y nos trae uno de sus juguetes. Como tiene muchas ganas de jugar, decidimos hacerle caso, y le lanzamos el juguete. Él lo coge, pero no nos lo devuelve. Mientras, nosotras nos reímos viéndole emocionarse solo.

—Menuda tarde me ha dado este trasto. Aunque no soy capaz de enfadarme con él porque es adorable—me comenta Irene, divertida—. Por cierto, siento haberte fastidiado el plan. —dice en voz baja.

Yo niego con la cabeza.

—No te preocupes. Otra vez será. La próxima vez te avisaré con antelación—respondo, guiñándole un ojo, al tiempo que ella me dedica una sonrisa pícara.

Finalmente, nos sentamos a la mesa, y Jorge nos sirve la comida. Había preparado una merluza al horno, acompañada de una sencilla ensalada con tomates cherry y zanahoria rallada, con un aliño de aceite de oliva y vinagre de Módena. También había puesto unos canapés de paté y queso con mermelada. Todo tenía muy buena pinta. Yo, mientras como, le miro de reojo, deleitándome con las hermosas vistas.

—La verdad es que no me ha sorprendido saber que trabajas de veterinaria. Siempre te gustaron los animales. Aún me acuerdo de Michelangelo—comenta Jorge.

Yo asiento con una sonrisa.

—Michelangelo sigue vivo. Está en casa de mis padres, en un estanque

con otra tortuga que se llama Donatello. Es un reptil feliz.

—¿Y tienes otra mascota? —pregunta Irene.

Yo niego con la cabeza.

—Ahora mismo no. Estoy alquilada, y el casero no permite tener animales. Y cuando viví en Burgos, a mi ex no le hacía gracia tener ninguna mascota, así que nada. Y Michelangelo casi no cuenta, porque está con mis padres desde hace años.

Irene y Jorge fruncen el ceño.

—¿Viviste en Burgos? No tenía ni idea—dice Irene.

—Sí, estuve allí unos cuatro años, viviendo con mi novio, que era de allí. Me fui a vivir con él cuando terminé la carrera. Pero vamos, que eso ya es cosa del pasado.

—¿Cuánto hace que rompisteis? —pregunta Jorge.

—Hace un año. Fue entonces cuando me fui a vivir con mis padres a la Sierra, y hace unas semanas, encontré piso.

—Yo rompí con mi ex hace cuatro meses, así que estamos igual. Solteros y sin compromiso—comenta Jorge.

Ahora mismo estoy dando saltos de alegría por dentro al saber que Jorge está disponible. Sin embargo, debo contenerme y mostrarme serena.

—Deberíais hacer como yo. De vez en cuando te ves con alguien, pasas un buen rato, y se acabó. Si te he visto no me acuerdo. Las relaciones sentimentales con muy problemáticas—comenta Irene.

Es increíble cómo pueden cambiar las personas con el paso de los años. Antes, ambas éramos unas románticas empedernidas, que gritábamos emocionadas cada vez que veíamos a Nick Carter^[1] en una portada de la Super Pop^[2], y soñábamos con encontrar a nuestro príncipe azul. Algo provocó que mi vieja amiga viera las cosas de otra manera. Ya me encargaría yo de averiguarlo.

—Como ves, Irene no es nada romántica—comenta Jorge, con cierto pesar.

Estaba pensando lo mismo. ¡Ay, mi Jorge! Estamos hechos el uno para el otro, está claro.

—¿Y cómo están vuestros abuelos? La verdad es que había pensado en hacerles una visita—digo yo, cambiando de tema.

—Bien, con sus achaques por el tema de la edad, ya sabes. Pero están como siempre—contesta Jorge.

—Oye, se me ocurre que podrías venir con nosotros el domingo que viene

a comer a su casa. Estarán encantados de verte—propone Irene.

Yo sonrío ante la idea. Sería genial verlos y volver al barrio.

—Por supuesto, iré encantada—respondo—. Oye, ¿y cuando tenéis pensado quedar con el resto de la pandilla? Tengo ganas de verlos.

—Creo que el jueves que viene por la noche sería un buen día. A menos que uno que yo me sé haga planes—dice Irene, mirando a Jorge.

Él niega con cabeza.

—Tranquila, que no hago planes. Dejaré mi agenda despejada.

<<Así me gusta. Quiero un poco de exclusividad>>, le digo mentalmente.

El resto de la velada estuvimos hablando un poco de todo. De los viejos tiempos, qué fue de unos y de otros. Siempre hablando de nuestro viejo barrio con nostalgia y cariño.

—Ya nada es lo mismo. Ahora todos somos desconocidos. Casi todos los mayores han fallecido, y otros se han mudado a residencias, o viven con los hijos. Hay mucha gente nueva, pero no hay la misma idea de comunidad que antes. Supongo que los tiempos cambian—explica Jorge.

—Bueno, eso siempre pasa, sobre todo en las ciudades grandes. Incluso en los pueblos. La gente cada vez se comunica menos. Nos hemos vuelto más reservados e individualistas. Siempre metidos en redes sociales, en vez de hablar con el que tenemos enfrente—comento.

Jorge e Irene parecen compartir mi punto de vista.

—Jamás creí que diría esto, pero, en mis tiempos, las cosas no eran así. Sin embargo, fuimos afortunados, porque tuvimos una infancia estupenda—asevera Irene.

No podía estar más de acuerdo, aunque para mí la infancia terminó cuando falleció mi abuela. En ese momento, crecí de golpe, lamentablemente.

De repente, notamos un desagradable olor, que no sabemos de dónde viene. Nos ponemos a investigar, y nos encontramos con un regalito que nos ha dejado Maco, que había estado muy callado toda la cena.

Recogemos la mesa, mientras Jorge se encarga de limpiar el apestoso regalito de Maco, que está sentado a su lado, mirándole.

Me doy cuenta de que ya son casi las once, así que ya es hora de irse. No me gusta andar sola por la calle tan tarde.

—Bueno, me marchó ya, que es tarde—les digo.

Jorge va a mi encuentro, y me detiene antes de irme.

—Espera, te llevo a casa. No me gusta la idea de que te vayas sola.

Yo niego con la cabeza.

—No te preocupes, aún hay trenes, y solo son cuatro estaciones. Llegaré a casa enseguida.

—No me cuesta nada, tengo el coche en el garaje. Me quedo más tranquilo si te dejas en la puerta de casa. Dame un segundo.

Yo decido no contradecirlo, porque, al fin y al cabo, me estaba haciendo un favor. Además, me gustaba la idea de pasar más tiempo con él. Irene también decide marcharse a casa, y mientras esperamos a Jorge, se acerca y me dice al oído:

—Aprovecha el tiempo todo lo que puedas.

Entonces, se aparta y me guiña un ojo.

Nos despedimos de Maco, y a continuación, nos vamos. Los tres nos subimos al coche de Jorge. Primero deja a Irene en la puerta de su casa, y después, se dirige a mi apartamento. Una vez estamos los dos solos, nos quedamos en silencio unos minutos, hasta que Jorge se anima a hablar:

—Bueno, espero que esta noche Maco esté más tranquilo.

Yo sonrío.

—Ya verás como sí. He notado que le gustas mucho.

—Bueno, espero que no se acostumbre, porque si no, la separación va a ser horrible.

En ese momento, me muerdo el labio inferior, un poco inquieta.

—Espero que cambies de idea y adoptes a Maco. Si te soy sincera, creo que hacéis una pareja excelente.

Jorge niega con la cabeza.

—No intentes convencerme. Maco estará mejor con una familia con niños. Es demasiado para mí.

—Pues te veo muy metido en el papel de padre. Lo primero que has hecho hoy es consentirle, en vez de ser fuerte y dejarle solo.

—Bueno, es que me ha dado pena. Además, como lo nuestro es temporal, puedo permitirme ser un poco benévolo con él—responde, justificándose.

No puedo evitar reírme. Jorge seguía siendo un buenazo.

—Me alegra ver que Irene y tú apenas habéis cambiado.

—Bueno, en realidad sí que hemos cambiado. Nuestras vidas ahora son diferentes.

—Pues yo creo que en el fondo seguís siendo los mismos. Y eso me alegra. La gente suele cambiar con los años, y muchas veces para mal.

Noto que Jorge me mira de reojo.

—Tú has cambiado un poco. Y para bien, debo decir.

Yo le miro, asombrada, y noto que me arden las mejillas. ¿Está intentando ligar conmigo? Ojalá. Yo, desde luego, estoy dispuesta a dejarme seducir.

Justo en ese momento llegamos a mi apartamento, y nos despedimos de forma cordial. Llego a casa, y suspiro. A pesar de los años transcurridos, Jorge seguía siendo ese chico adorable que conocí en la infancia, pero ahora en una versión mejorada. Debía empezar a sacar la artillería pesada para llegar a su corazón.

Capítulo 8

Jorge

Maco se ha portado mejor a lo largo de esta semana, y parece que cada vez estamos más unidos. Será difícil despedirnos en un futuro, porque me hace mucha compañía. Aunque sigue haciendo de las suyas, cada vez que entro en casa y le veo esa cara de alegría, me olvido de cualquier problema.

Esta semana no he tenido ocasión de ver a Carla, porque ambos hemos estado muy liados con el trabajo. Sin embargo, hoy nos veremos. Visitaremos a mis abuelos, que están entusiasmados con el reencuentro. Aunque Irene no podrá acompañarnos porque tiene trabajo que hacer.

Termino mi jornada de trabajo y me dirijo a la puerta del gimnasio, donde he quedado con Carla. Como hace buen día, decido que Maco nos acompañe, para así poder dar un paseo más tarde por el parque. Nada más salir del gimnasio, compruebo que Carla ya está allí esperándome.

Va vestida con unas botas altas negras, leotardos, una falda corta de color negro que le llega por encima de las rodillas, y un abrigo del mismo color. Lleva el pelo suelto, un poco de maquillaje y una sonrisa en el rostro que me deja sin respiración. En entonces cuando noto cómo mi corazón empieza a latir a toda velocidad. Aunque intento negarlo, Carla me gusta mucho.

Me acerco a ella y nos saludamos con un beso en cada mejilla. En ese momento, percibo el olor a vainilla que desprende su piel.

—Estás muy guapa—le digo con sinceridad.

Ella parece sonrojarse, y me entran unas ganas tremendas de abrazarla.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

Yo me río porque no puede ser más incierto. Llevo unos vaqueros un tanto desgastados, una camiseta de deporte y una chaqueta. A su lado, no tengo punto de comparación. Sin embargo, sonrío. Carla siempre me ha dedicado palabras amables, incluso cuando tenía algunos kilos de más.

Nos vamos a mi casa, mientras caminamos uno al lado del otro. Yo estoy un poco nervioso y no sé muy bien de qué hablar. Esto solo me ocurría en la adolescencia.

Llegamos al portal de mi casa, y Carla me espera abajo, mientras subo a

buscar a Maco. Este me arrastra escaleras abajo, tirando de mí, y en cuanto la ve, se lanza a los brazos de Carla, que le recibe con una sonrisa y unos mimos.

Subimos al coche, y minutos después, llegamos a casa de mis abuelos. El olor de la paella que mi abuela está cocinando puede percibirse desde las escaleras. Maco tira de mí para llegar rápidamente a la puerta. Mi abuela nos recibe con su delantal y un trapo en la mano. Maco se lanza sobre ella, y mi abuela le acaricia la cabeza.

—¡Pero bueno! Tú debes ser Maco ¿no? Tienes cara de pillo.

—No lo sabes tú bien—afirmo.

Los abrazos se suceden, y mi abuela mira a Carla de arriba abajo.

—¡Qué guapa estás! Hacía tantos años que no te veía.

Carla sonrío de nuevo, y mi corazón vuelve a sobresaltarse.

—Sí, muchos años. A usted la veo estupenda.

Mi abuela sacude una mano, mientras cierra la puerta.

—La edad ya no perdona. Pero no tengo queja. Pensaba que estaría peor a esta edad.

Dejamos los abrigos colgados en el perchero de la entrada, y nos vamos al salón, donde está mi abuelo sentado, viendo la televisión. Maco saluda a mi abuelo con efusividad, y este le acaricia la cabeza mientras se ríe ante tanto entusiasmo. Una vez hechas las presentaciones, Maco anda por la casa, explorando todos los rincones, mientras rezo para que no se haga pis en alguna parte.

A mi abuelo se le ilumina la cara al vernos, y nos saluda de forma cariñosa a ambos. A continuación, nos sentamos en el sofá, y me fijo en el jersey de punto de color fucsia que lleva Carla, que estaba oculto bajo el abrigo. El color de la prenda le sienta muy bien, y hace que su rostro se ilumine.

—Bueno, ¿y cómo estás? ¿Cómo va todo? —le pregunta mi abuelo.

—Bien. Trabajando mucho, afortunadamente.

—Eres veterinaria ¿verdad?

—Así es.

—Recuerdo la tortuga esa que tenías, que te la llevabas a todos lados. ¿Cómo se llamaba?

—Michelangelo.

—¡Eso es! ¿Qué fue de ella?

—Está en casa de mis padres. Tiene su propio estanque y vive muy bien.

—Esa nos va a enterrar a todos—asevera mi abuelo, riéndose.

Minutos después, nos sentamos a la mesa, y seguimos conversando, mientras degustamos la deliciosa paella.

—¿Y tus padres, Carla? ¿Cómo están? —pregunta mi abuela.

—Bien, como siempre. Ahora, jubilados y con mucho tiempo libre, disfrutando de la vida.

—Ay, me acuerdo mucho de tus abuelos. Sobre todo, de tu abuela. Una mujer excelente. Una pena que se fuera tan pronto.

Noto que Carla se pone un poco triste de repente.

—Sí. Yo la echo de menos todos los días.

—¿Sabéis que nos volvimos a reencontrar gracias a Maco? —comento yo, intentando dar paso a un tema más alegre.

—¿En serio? —pregunta mi abuelo.

Yo asiento enérgicamente, y compruebo que Carla sonrío.

—Sí. Casi le atropello al pobre, y entonces fui a la clínica donde Carla trabaja. Sin saber, claro está, que ella trabajaba allí. Cuando le di mis datos, descubrió que nos conocíamos.

—¿Qué cosa más curiosa! Parece un encuentro de esos de las películas— afirma mi abuela.

—Intenta convencerme para que me quede con Maco.

—¿Y por qué no? Recuerdo que, de pequeños, Irene y tú estabais todo el día intentando convencernos para que os compráramos un perrito. Y ahora que lo tienes, no lo quieres. No hay quien te entienda.

—Abuela, ya sabes que tengo una vida de locos.

—Yo creo que todo se puede compatibilizar. Es cuestión de organizarse. Yo tuve a tu madre, y mientras la criaba, trabajaba fuera de casa, y mantenía todo en orden. Me organizaba y tenía tiempo para todo. Así que, no hay excusas. Además, ¿te vas a arriesgar a dejar a esta pobre criatura a merced de otro que a lo mejor se aburre y lo abandona otra vez?

Esto último me inquieta. ¿Y si mi abuela tiene razón? La verdad es que, cabía esa posibilidad. Sin embargo, sigo dudando. Yo no soy como mi abuela, que es una todoterreno en todo. Debía considerar el asunto con más calma.

—Lo pensaré.

Noto que Carla me mira de reojo, y dibuja una tímida sonrisa. Seguramente, está pensando que voy a cambiar de idea. No iba desencaminada, porque había alguna posibilidad de que eso sucediera. Mi abuela me conocía bien y sabía dónde estaban mis puntos débiles. Sabía bien por donde tenía que atacar para ablandarme, y así hacerme cambiar de

opinión. Por eso, debía ser fuerte y no caer en la trampa.

—¿Y cómo andamos de novios?

Carla y yo la miramos, un tanto sorprendidos. Mi abuela no se andaba con rodeos. La honestidad era una de sus muchas virtudes.

—Pues de momento soltera. No hay novio a la vista.

—Una pena. Eres muy guapa y joven. Estoy segura de que tienes a muchos haciendo cola.

Yo miro a Carla de reajo. Opino lo mismo que mi abuela. Estaba seguro de que despertaba el interés de más de uno, aunque ella no se diera cuenta.

—¡Que va! Además, no tengo tiempo. Estoy muy liada con el trabajo.

—¡Otra igual! Yo no sé qué os pasa a la juventud últimamente. Cada vez os casáis más tarde, y solo pensáis en el trabajo. Hay tiempo para todo—se queja mi abuela.

Veo que mi abuelo pone los ojos en blanco.

—¡Déjalos, Araceli! Ahora las cosas han cambiado.

—¡Pero yo quiero sacar a pasear a los bisnietos, no que ellos me lleven a mí!

Carla y yo nos echamos a reír, y contagiamos a mis abuelos.

Terminamos de comer, y mis abuelos se van a echar la siesta, mientras nosotros decidimos dar un paseo con Maco por el parque de Arriaga.

Maco tira de mí con ansia, y en cuanto llegamos a la zona de césped se vuelve loco y empieza a corretear. Afortunadamente, lleva puesta la correa extensible para así tener libertad de movimiento.

Los dos nos quedamos de pie, observándole bajo la sombra de un árbol. Entonces, Carla me enseña un pequeño truco para que Maco empiece a hacer las necesidades fuera de casa.

—Cada vez que haga pis y caca en la calle, le das una chuche como premio. Nunca se la des cuando haga eso en casa. Si lo repites todos los días, llegará un momento en que no hará nada en casa.

Yo me quedo con el dato, y seguimos observando a Maco, que, en ese instante, era el perro más feliz del universo. En un momento dado, observo que Carla está mirando alrededor, con aire pensativo.

—¿En qué estás pensando?

Ella suspira.

—En que esto tampoco ha cambiado tanto como yo pensaba. Está casi todo igual, aunque ya no podemos sentarnos en el muro que separa el parque de la acera, y el campo de fútbol tiene una valla.

—El entorno ha cambiado en parte. Lo que sí es diferente, son los vecinos. Muchos ya no están. Ya sabes que había gente muy mayor.

—Lo sé. Es algo natural.

—Y los nietos y los hijos que han heredado los pisos, o los venden o los alquilan.

—Crecemos y volamos del nido. La verdad es que estoy contenta de estar aquí. Tengo recuerdos maravillosos en este sitio.

Yo asiento, sonriente, recordando los viejos tiempos.

—Yo también, a pesar de que no fui feliz todo el tiempo.

—Bueno, no se puede ser feliz todo el tiempo. Pero tuvimos la suerte de tener una buena infancia.

—Cierto.

De repente, Carla se gira hacia mí, y me mira.

—Oye, ¿qué fue de Paula y su pandilla?

Yo sonrío en ese momento, recordando algo divertido que me sucedió respecto a ese tema.

—Hace años que no la veo. Aunque si te cuento cómo fue la última vez que nos vimos, no te lo vas a creer.

—¡Cuenta! —me insta, acercándose más a mí.

—Fue hace cuatro años. Yo ya había adelgazado y estaba en buena forma. Vine a ver a mis abuelos, y salí a hacer un recado. Iba caminando por la calle y nos cruzamos. Ella se me quedó mirando, como alucinada. Bueno, debo decir que llevaba una camiseta corta ajustada que marcaba un poco. Entonces, se me acercó. Yo no la había reconocido, porque llevaba mucho maquillaje y apenas se le veía bien la cara. Me saludó, pensando que yo era otro, y cuando le dije quién era, casi se cae allí mismo. En fin. Me propuso quedar, y yo dije que sí, claro.

Observo que Carla pone una mueca seria, y me apresuro a aclarar lo que seguramente está pensando.

—Pero ya sabes que la venganza se sirve en plato frío, así que, no acudí a la cita.

En ese momento, Carla abre mucho los ojos.

—¿La dejaste plantada?

Yo asiento.

—Sí. Y cuando volvimos a vernos, ni me dirigió la palabra. Se lo tenía bien merecido.

En ese instante, Carla empieza a reírse, y me contagia su risa. Mientras

tanto, Maco está haciendo de las suyas, dando vueltas a nuestro alrededor. Sin darnos cuenta, había enredado la cuerda alrededor de mis piernas, y al moverme un poco, pierdo el equilibrio. Noto cómo estoy a punto de caerme, y entonces, Carla trata de sujetarme para evitarlo, sin éxito.

Yo aterrizo con mi espalda en el césped, y Carla cae encima de mí. Maco nos mira, con cara de no haber roto un plato, mientras yo siento el calor del cuerpo de Carla sobre el mío. Noto cómo la garganta se me seca mientras nos miramos a los ojos. Nuestras caras están muy cerca, y puedo sentir su respiración entrecortada, al igual que la mía.

En ese momento, Maco aparece a nuestro lado y empieza a darnos lametones en la cara. Comenzamos a reírnos a carcajadas, y es entonces cuando Carla se aparta de mí, algo que sinceramente me fastidia un poco.

—Menuda ha liado este pequeñajo. Espera, que te ayudo a desenredarte—me dice entre risas, mientras va apartando la cuerda que rodea mis piernas.

Yo me incorporo y una vez liberado de mis ataduras, me pongo de pie a su lado. Maco sigue a la suyo, tumbado en la hierba, mirándonos.

—¿Estás bien? ¿No te has hecho daño?

—No. Pero imagino que me habré llenado de hierba la chaqueta—contesto, divertido.

Me giro, y Carla sacude unos trozos de hierba que tengo pegados a la chaqueta. De repente, miro el reloj, y compruebo que ya son más de las cinco. Seguramente, mis abuelos ya estaban despiertos y estarían preparando el café.

—Será mejor que nos vayamos—comento.

Regresamos a casa de mis abuelos, y observo que ya está todo preparado. Sobre la mesa del comedor, hay cuatro tazas de café acompañadas de unas pastas de mantequilla y chocolate.

Continuamos conversando de distintos temas, poniéndonos al día, hasta casi las ocho de la tarde, que es cuando nos marchamos. Ya en el coche, miro a Carla de reajo mientras hablamos.

—Es increíble. A pesar de los años que llevo sin verlos, tus abuelos apenas han cambiado.

—Claro, siempre han sido viejos.

—¡No me refiero a eso! Es ese espíritu que tienen. Son más jóvenes por dentro de lo que aparentan. Tienen mucha energía.

—Siempre han sido así. No pueden estar quietos, sobre todo mi abuela. No para. Siempre está haciendo cosas.

—Ojalá yo sea así a su edad.

Yo me encojo de hombros.

—Hay mucha gente que se siente joven. Yo lo veo en el gimnasio. A mis clases asisten grupos de mayores que tienen un espíritu joven, y que quieren hacer mil cosas, que en su momento no pudieron hacer, porque estaban demasiado ocupados trabajando y criando a sus hijos.

—Ahora por suerte las cosas han cambiado. Aunque a mí me siguen presionando para que tenga hijos pronto. Dicen que se me está pasando el arroz.

Yo frunzo el ceño ante ese comentario.

—Pero si todavía eres joven. Tienes la edad de mi hermana ¿no?

Ella asiente.

—Sí. Sin embargo, cuando estás a punto de pasar la barrera de los treinta, la gente empieza a meterte prisa.

—Tú ni caso. Los treinta son los nuevos veinte.

Ambos nos echamos a reír, y minutos más tarde, cuando estamos a punto de llegar a su casa, siento la necesidad de prolongar la conversación. No quería que terminara.

—Oye, ¿tienes planes para esta noche?

Carla me mira, un poco sorprendida.

—No, no tengo nada pensado.

—Se me ha ocurrido que podríamos pedir una pizza y ver alguna película en mi casa. Me lo estoy pasando muy bien, y he pensado que no sería mala idea continuar con la diversión.

Observo su sonrisa, y vuelvo a notar un cosquilleo en el estómago.

—Me encantaría.

Capítulo 9

Carla

Cuando entramos en casa de Jorge, dejo colgado mi abrigo en el perchero de la entrada. Maco, en cuanto lo desatamos, corre hasta su cama, donde tiene todos sus juguetes. Agarra uno con la boca y me lo trae para que juegue con él.

Antes de subir, hemos dado un corto paseo, y en la casa se nota el cambio de temperatura. Afuera hace un frío casi invernal, a pesar de que aún estamos en otoño, y dentro del piso, hace más calor.

Me siento en el sofá mientras Jorge encarga una pizza. Previamente, hemos pasado por una tienda de comestibles, donde hemos comprado unas cervezas y algo de picoteo.

Mientras espero a que Jorge termine de encargar la pizza, Maco y yo jugamos. Yo le lanzo el juguete y él me lo trae. Bueno, esa parecía ser su intención, porque a veces lo deja en el suelo, o tira de él, forcejeando conmigo.

Cuando Jorge propuso que alargáramos el encuentro, casi salto de alegría. Estaba realmente contenta ante semejante oportunidad. Quería seguir hablando con él, de lo que fuera y donde fuera.

Y ese momento en el parque, cuando estuve encima suyo, fue simplemente maravilloso. Lástima que Maco nos interrumpiera, porque estaba a punto de lanzarme y besarle, como aquella noche de verano, hace dieciocho años.

—Ya he pedido la pizza. Así que, si quieres, vamos eligiendo la película. Hay un canal de cine que me encanta, podemos mirar que echan hoy.

Jorge me saca de mi ensimismamiento, y se sienta a mi lado. Yo noto enseguida cómo mi pulso se acelera, y, sin embargo, consigo mantener la calma. Empezamos a buscar y encontramos una película que nos gustaba a los dos: Beetlejuice de Tim Burton. Es una de mis favoritas.

Quince minutos más tarde, llega nuestra pizza, y ponemos todo a punto para la cena, mientras Maco toma su pienso. Llenamos cuencos con patatas fritas, pistachos, almendras y cacahuets. Colocamos los platos, los cubiertos y los vasos sobre la mesa que hay delante de la televisión, y una vez está todo listo, empezamos a comer, mientras vemos la película. En ese tiempo, apenas

hablamos. Aunque tampoco era necesario. Yo me sentía cómoda a su lado, y las palabras eran innecesarias.

—Mañana tendré que meterme caña en el gimnasio. Tengo que quemar muchas calorías—dice Jorge, cuando ya ha terminado la película.

Estamos acomodados en el sofá, bebiendo y comiendo frutos secos. Mientras, Maco está tumbado a los pies de Jorge, totalmente dormido.

—¿Te obsesiona mucho mantener la línea?

—No es que me obsesione. Es que sería tirar a la basura todo el esfuerzo y el trabajo que hice durante tanto tiempo.

—Así que ya no comes helados ni tortilla de patatas. Recuerdo que te encantaban.

Jorge me mira y se ríe.

—De vez en cuando me doy un capricho. No hay que ser estricto, hay que saber controlarse. Se puede comer de todo, pero con medida.

—Me gusta ese pensamiento.

Un instante después, le miro de reojo. Viendo el ambiente íntimo y de confianza que reina entre nosotros, me animo a preguntar:

—Oye, ¿y qué me dices de ligues? ¿Tienes a alguien que te guste en este momento?

Jorge me mira y contesta:

—Bueno, hace poco tuve un rollo de una noche, pero nada más. Tuve suficiente con mi última relación.

Este último comentario me llama la atención, y decido tirar del hilo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

Jorge resopla.

—Mi ex es una persona superficial y perfeccionista. Para ella, todo tenía que ser perfecto, y solo me sacaba defectos. Quería cambiarme por completo. Al final, me dejó por otro, y enseguida me di cuenta de que me había hecho un favor, porque no era feliz a su lado.

En este momento, me están dando ganas de darle una torta a su ex, por estúpida. Sin embargo, prefiero no compartir este pensamiento.

—Te entiendo perfectamente.

—¿Y tú?

Yo suspiro con aire cansado, y respondo:

—Estuve unos cuantos años con un chico. Viví en Burgos con él. Parecía que todo iba bien, hasta que de pronto empezó a mostrarse frío y distante. Poco tiempo después, me enteré de que estaba liado con otra.

—Vaya, lo siento mucho.

Yo agito mi mano, quitándole importancia.

—Descuida. Fue lo mejor que me pudo pasar. Gracias a eso, regresé a Madrid, y ahora soy feliz. Allí me sentía muy sola. Ahora estoy cerca de mi familia y de mis amigos.

Jorge me sonrío, y vuelvo a notar cómo mi corazón late a toda velocidad.

—¿Y no te gustaría volver a enamorarte? —le pregunto con interés.

Jorge se encoge de hombros.

—No lo sé, es complicado eso de enamorarse. No me cierro a nada. Si surge bien, y si no, también.

Me gusta mucho esa respuesta. Ahora sé con certeza que tengo alguna posibilidad.

Miro el reloj, y me doy cuenta de que es muy tarde. Mañana tengo que madrugar, y si no me voy a casa ya, no descansaré lo suficiente.

—Oye, me tengo que ir ya. Mañana madrugo y es muy tarde. ¿Te importaría acercarme a casa?

Jorge niega con la cabeza, mientras se incorpora.

—Claro que no. Venga, coge tu abrigo que te llevo.

Cuando ya estamos en la puerta, Maco viene a despedirse de mí con cara de tristeza. Yo también me siento mal por irme, pero no me queda otro remedio. Le doy un beso en su cabecita peluda, y minutos después, ya estamos camino de mi casa.

Finalmente, Jorge para el coche delante del portal de mi casa, y dice:

—Bueno, me lo he pasado muy bien.

Yo sonrío tímidamente.

—Yo también. Ha sido estupendo.

Nos quedamos en silencio unos segundos, y finalmente, decido hablar:

—Nos vemos el jueves en la cena de la pandilla ¿no?

Jorge sonrío y asiente.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Mientras subo en el ascensor, me hago una promesa. Esta vez voy a conquistar su corazón. Sentía que entre nosotros podía haber algo, y por eso, debía aprovechar las oportunidades que el destino me estaba brindando. Y vaya si iba a hacerlo.



Al día siguiente, llego al trabajo con actitud risueña, a pesar de que hoy

tendría que realizar dos intervenciones. Sin embargo, nada puede estropearme el día. Estoy ilusionada y contenta.

—¡Que buena cara traes hoy! ¿Has tenido una noche movidita? — pregunta, Luis, el recepcionista, que es bastante cotilla.

Yo sonrío como una tonta.

—No, por ahora.

—Eso quiere decir que lo tienes a punto de caramelo...

Yo me río.

—Puede decirse que sí.

—¿Y quién es?

—Jorge, el dueño de Maco.

Justo en ese momento llega mi ayudante, Sonsoles, y tanto ella como Luis ponen cara de sorpresa.

—¿¡Ese tío bueno!?! —exclama mi ayudante.

—Sí, ese tío bueno—respondo.

A continuación, entro en la consulta y empiezo a prepararlo todo. No hablamos más del tema, y nos concentramos en el trabajo, que era lo importante. Las dos intervenciones salieron muy bien, y los pacientes pudieron irse a sus casas a descansar. Estaba contenta, porque a pesar de la preocupación, todo salió como la seda.

Después de un duro día de trabajo, llega el momento de volver a casa. Estoy a punto de marcharme cuando recibo un mensaje de Irene.

<<¿Tienes planes? Te invito a tomar algo y charlamos un ratito ;)>>

Como ya estoy libre, decido aceptar su invitación.

Minutos después, Irene viene a buscarme al trabajo, y nos vamos a un bar cercano a tomarnos unas cañas y unas tapas. Son las nueve, y el local está hasta los topes, pero conseguimos sentarnos en una mesa que hay en una esquina.

Enseguida, un camarero viene a tomarnos nota, y una vez estamos solas, comenzamos a hablar.

—Es increíble que, siendo yo tu amiga, me tenga que enterar por otros de que has estado cenando con Jorge—comenta Irene, mirándome con reprobación.

Yo tuerzo el gesto, porque tiene razón. No le había comentado nada.

—Lo siento, es que todo fue muy precipitado.

Entonces, Irene se acerca un poco más a mí y dice:

—Bueno, te perdono si me lo cuentas todo.

Yo sonrío.

—La verdad es que solo vimos una película, cenamos y charlamos. No hubo nada más, me temo.

—¿Ni un roce? ¿Nada?

Yo niego con la cabeza.

—Nada de nada. Jorge fue un caballero y no me tocó un pelo. Y yo no iba a forzar la situación.

—Quizás en la cena del jueves tengas ocasión de lanzarle alguna mirada seductora.

Yo la miro con picardía.

—Ya tengo algunas ideas de vestuario para deslumbrarle.

Irene se ríe.

—Pobre Jorge, vas a hacer que se desmaye, estoy segura.

—Eso espero...

—No tengas dudas. A Jorge le gustas, está claro—sentencia mi amiga, convencida.

De repente, suena el teléfono de Irene. Lo saca de su bolsillo, y mientras mira la pantalla, sonrío.

—Jejeje, menudo estás hecho, tigre—dice mientras teclea.

Yo la miro, alzando una ceja.

—¿Quién es?

—Uno de mis ligues. Se llama Teo. Le conocí una noche saliendo por ahí. Es un bailarín de discoteca. Está como un tren. Ahora te enseño la foto—contesta sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Vais en serio?

De repente, Irene aparta la vista del teléfono, y me mira, incrédula.

—¿Yo, algo serio? ¡Ni hablar! Soy libre como un pájaro y me encanta serlo. Teo es un buen chico, guapo, musculoso, que me da poca conversación y mucho placer. No hay amor por ninguna parte.

A continuación, me enseña una foto de Teo, que ciertamente está cañón. Sin embargo, pongo cara de decepción.

—Cómo has cambiado. Recuerdo que antes buscabas al príncipe azul.

—Los príncipes azules solo viven en los cuentos. En el mundo real no sobrevivirían.

—Pues yo he encontrado a mi príncipe azul—afirmo.

Irene me mira y se ríe.

—Tú has encontrado a un hombre maravilloso de carne y hueso, y eso es

mucho mejor que un príncipe azul, amiga mía.



La semana pasó volando y sin darme cuenta, ya estábamos a jueves. Esa noche, tocaba ir de cena con la pandilla, aunque sabía que faltarían dos de ellos. Igualmente, sería una velada de emocionantes reencuentros. Tenía muchas ganas de ver a mis viejos amigos. No obstante, en el fondo, al que más quería ver era a Jorge.

Después del trabajo, salgo disparada en dirección a mi casa para prepararme. Mis compañeras de piso apenas me ven, porque nada más llegar me meto corriendo en la ducha.

Salgo, me pongo una blusa un poco escotada de color azul y una falda negra entallada, y después, me seco el pelo y le doy forma con la plancha para ondularlo. A continuación, me maquillo un poco. Aplico colorete rosa en las mejillas, sombra color azul y *eyeliner* negro en los ojos, y *gloss* en los labios. Me echo un vistazo en el espejo antes de salir, y respiro hondo. Solo espero que Jorge se desmaye allí mismo al verme. Eso sería maravilloso.

Minutos después, llego al restaurante en el que habíamos quedado. Era el mismo de la primera vez. Parece que soy la última en llegar, porque ya están todos esperándome. Se suceden los besos y los abrazos efusivos, mientras nos miramos unos a otros, comprobando qué había hecho el paso del tiempo con nuestro aspecto. Obviamente, todos habíamos cambiado, pero para bien.

Me siento al lado de Irene y Manuela, y desde mi posición, tengo las mejores vistas de Jorge, que está sentado justo enfrente. Está irresistible, vestido con una camisa negra ajustada que marca sus músculos. Cruzamos nuestras miradas unas cuantas veces, pero no sé a ciencia cierta qué impresión le ha causado mi aspecto.

Durante la velada, charlo con todos. Juan vino con su mujer, Sara, con la que llevaba poco tiempo casado. De vez en cuando, se miraban, embelesados, y me daban mucha envidia.

Hablamos de Julia y Lucas, que eran los únicos ausentes. La primera vivía en Barcelona, donde trabajaba para una editorial, y el segundo había emigrado a Alemania, donde tenía un empleo en una fábrica de automóviles.

Aunque nuestras vidas han cambiado, al vernos de nuevo, parece que el tiempo apenas ha pasado, porque conversamos y nos divertimos igual que antes.

Terminamos de cenar y llega la hora de despedirse, aunque solo

temporalmente, porque vamos a repetir la cena más veces.

Antes de marcharme, Jorge, que apenas ha hablado conmigo durante la cena, se acerca a mí y dice:

—Oye, ¿tienes planes para mañana por la noche?

Yo le miro, sorprendida.

—No, no tengo planes.

Observo que Jorge se rasca el mentón, nervioso.

—Es que, verás, he estado... Leyendo unos libros sobre cómo educar a tu perro, y tengo algunas dudas. He pensado que, podemos cenar en mi casa, mientras me resuelves las dudas. Si quieres, claro.

Yo me río por dentro. Todo aquello me suena a excusa barata para invitarme a cenar. Me resulta divertido verle tan nervioso, así que, decido seguirle el juego.

—De acuerdo, no hay problema.

Jorge parece aliviado, y me mira, sonriente.

—¡Genial! ¿Te parece bien vernos mañana a las ocho en el gimnasio?

Yo asiento.

—Allí estaré.

Mientras regreso a casa, no puedo quitarme la sonrisa de la cara. Estaba claro que había provocado el efecto deseado.

Durante la velada me había sentido un poco decepcionada ante el hecho de que Jorge no hablara apenas conmigo. Sin embargo, ahora lo entendía. Se sentía cohibido y tenía vergüenza. En el fondo, seguía siendo el mismo. Y eso me encantaba. Ahora debía pensar en lo que me pondría mañana. Iba a ir a por todas.

Capítulo 10

Jorge

Son las once y está punto de comenzar mi próxima clase de aeróbic. En este momento, estoy revisando el horario de clases para el día de hoy, un poco distraído. Llevo desde el domingo pensando en Carla sin descanso. Siempre que estamos juntos, me siento muy cómodo a su lado, y noto cómo mi corazón late a toda velocidad.

Pero anoche fue algo más. Me sentí deslumbrado al verla. De hecho, estuve un poco nervioso y cohibido, y solo me dediqué a observarla. Y sin saber cómo, le propuse que volviéramos a vernos, usando una excusa un poco absurda. Ella aceptó, afortunadamente.

No sé en qué estoy pensando, porque Carla es una amiga, y no debería pensar en ella como algo más que eso. El problema es que me está empezando a gustar mucho, y me está resultando imposible resistirme a sus encantos. Y todo esto, a pesar de que me he impuesto la norma de que las amigas son intocables. Bueno, ahora que lo pienso, las reglas están para romperlas ¿no?

Durante la cena, observé, sin querer parecer presuntuoso, que a veces me miraba de forma especial. ¿Y si ella sentía algo por mí? De repente, me puse nervioso. ¿Y si no era así, y me precipitaba y ella se ofendía? No podría perdonármelo.

En ese momento de inquietud, llega Víctor, que me da una palmada en la espalda, algo que me sobresalta de forma exagerada.

—¡Pero bueno! ¡Ni que fuera un monstruo! —exclama, divertido.

—Perdona, es que estaba concentrado.

—Lleva distraído toda la mañana—apunta Manuela, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—¿Ah, sí? ¿Y eso? Por cierto, ¿qué tal fue la cena de anoche con la pandilla?

—Bien, estuvimos charlando y eso.

—¿Y pasó algo más? Viste a Carla ¿no?

—Sí. Hoy hemos quedado para cenar otra vez—contesto yo como si nada. Manuela y Víctor me miran, sorprendidos.

—De aquí sale un romance de los buenos—afirma Víctor, mientras Manuela asiente.

Yo me río.

—Solo vamos a cenar, no hay que sacar las cosas de quicio—respondo.

—Pero, a ti te gusta ¿no? —pregunta mi amigo.

Los dos me miran atentamente, lo que provoca que me ponga un poco nervioso.

—Lo que se ve, no se pregunta—contesto de forma enigmática.

Ambos se han quedado sin palabras ante mi respuesta, y es entonces, cuando me voy a la sala correspondiente para comenzar la clase. Al pasar por delante del pasillo que conduce a los vestuarios, veo algo que me deja totalmente sorprendido. Marta y Marisa están abrazadas, besándose.

No salgo de mi asombro. ¿Qué había sucedido? Sabía que a Marta le gustaba Marisa, pero no podía imaginarme que llegarían a liarse. Desde luego, Marta era una conquistadora nata.

Como no quiero interrumpir el momento íntimo, intento irme sin ser visto. Sin embargo, Marta me ve. Yo me quedo donde estoy, y la saludo con un gesto de la mano, disimuladamente. A continuación, me marcho rápidamente, dejándolas a solas.

La vida está llena de sorpresas, y aquella era una de ellas. La verdad es que no me importa que se hayan liado. Al fin y al cabo, entre Marisa y yo solo hubo un encuentro sexual casual y efímero. Más tarde, preguntaría a Marta todos los detalles de su nueva relación.

Como siempre, mis alumnos de la tercera edad se entregaron a fondo, aunque tuve que echar alguna bronca por una ligera subida de peso. En un momento dado, miré mi teléfono y comprobé que tenía un mensaje de mi hermana.

<<Ya me he enterado de que esta noche volvéis a veros. ¡A por todas, tigre! ;)>

Yo me eché a reír. Mi hermana era directa y no se andaba con tonterías. Aquello empezaba a tornarse serio, y eso me preocupaba. Cuanta más expectación había, más inquieto me sentía. De repente, llega otro mensaje, esta vez de Juan.

<<Chatín, ya me he enterado de lo tuyo con Carla. ¡Qué calladito te lo tenías! Ya me contarás más detalles.>>

Parece ser que Manuela había hecho los deberes, o quizás Irene, y toda la pandilla estaba ya enterada de nuestra cita. ¿O quizás había sido Maco? No sé,

todo era posible ya.

Transcurrieron las horas a toda prisa, y apenas me di cuenta de que ya eran las ocho de la tarde. Me meto en el vestuario, me ducho, me cambio de ropa, y salgo a recepción, donde Manuela examina mi aspecto.

—¡Estás muy guapo! A Carla le va a dar un infarto—sentencia.

Me había puesto una camisa blanca, pantalones vaqueros y zapatos negros. Llevaba el pelo mojado, peinado hacia atrás, y aunque pretendía que aquello fuera algo informal, para así quitarle importancia, la verdad es que me arreglé a conciencia, porque en el fondo quería impresionar a Carla. Sonríe ante las palabras de Manuela y me siento menos inseguro.

Quizás aún albergaba en mi interior a aquel chico gordito, al que siempre rechazaban, y que se sentía poca cosa. A pesar del tiempo transcurrido y de mi cambio físico evidente, seguía teniendo mis miedos.

En ese momento, se abre la puerta del gimnasio y aparece Carla. Me quedo sin respiración, y noto cómo el pulso se me acelera al verla. Todo parece moverse a cámara lenta, mientras se acerca a mí con su preciosa sonrisa, y su elegante vestido negro ajustado, con vuelo en la falda. Está preciosa. No parece ella, y, sin embargo, es Carla, esa amiga de la infancia que me está robando el corazón sin darme cuenta.

—¡Hola! ¿Ya estás listo?

Tardo unos segundos en contestar, porque al tenerla tan cerca puedo sentir su dulce perfume que huele a vainilla, y estoy totalmente embriagado. Finalmente reacciono y asiento.

—Sí, ya podemos ir a mi casa.

Creo oír a Manuela decir algo, pero no sé exactamente qué. Estoy completamente ensimismado con Carla, que camina a mi lado durante el trayecto a casa, en silencio. Yo no sé qué decir para romper el hielo. Pero afortunadamente, ella decide dar el primer paso.

—Estás muy guapo. Esa camisa te queda muy bien.

Yo sonrío ante el halago.

—Tú también. Bueno, que estás guapa, quiero decir. Ese vestido es muy bonito.

Carla sonrío tímidamente, y me parece ver que se sonroja. En este momento, me están entrando unas ganas enormes de darle un abrazo y de repartir unos cuantos besos por sus preciosas mejillas.

—Gracias—responde.

Llegamos a mi casa, y Maco nos recibe dando saltos. Decido darle un

paseo rápido antes de la cena, y así de paso, intento calmar mis nervios. Carla nos espera arriba, mientras Maco y yo paseamos por la calle.

Mi perro va olisqueando árboles y haciendo sus cosas, mientras yo pienso en cómo se desarrollarán los acontecimientos esa noche.

—¿Tú crees que debería lanzarme, Maco?

Maco me mira y ladea su cabeza con curiosidad. Obviamente, el pobre no sabe de qué estoy hablando. Yo tuerzo el gesto mientras seguimos caminando.

—¡Qué cosas se me ocurren! Tú lo tienes fácil, vas directo y sin rodeos. Te lanzas encima de la gente y les das lametones. Ojalá yo fuera como tú.

Maco no me contesta, obviamente. De repente, empieza a tirar de mí en dirección a casa. Parece que ya ha dado por terminado su paseo, y quiere volver al piso para estar con Carla.

Entramos, y nada más quitarle la correa, va directo al salón, donde está ella sentada, esperándonos. Carla sonrío, y empieza a acariciarle las orejas y el lomo. Yo los miro de reojo y sonrío. Me encanta verlos juntos. Son tal para cual.

Me dirijo a la cocina, y empiezo a preparar la cena. Esta noche cenaremos un consomé y pescado al horno, una de mis especialidades.

Había decorado la mesa del comedor a conciencia. Un par de velas, mantel de lino de color burdeos, servilletas de tela a juego, copas de vino y la vajilla reservada para ocasiones especiales. Porque esta lo era, desde luego. En cuanto todo estuvo preparado, nos sentamos a la mesa, uno frente al otro, y empezamos a charlar.

—¿Dónde aprendiste a cocinar tan bien? Está todo buenísimo.

—Mi abuela me enseñó. De pequeño, como me gustaba tanto comer, siempre estaba en la cocina con ella, por si me daba algo. Y poco a poco, empecé a interesarme por el tema. Después, cuando comencé a hacer dieta, me interesé por la comida sana, y aprendí recetas nuevas.

—¿Cuándo empezaste a adelgazar?

—El médico me impuso una dieta a los dieciséis años, y ejercicio, mucho ejercicio. Empecé a practicar atletismo en el polideportivo del barrio. Necesitaba perder al menos doce kilos para estar en mi peso ideal, y lo conseguí en seis meses. A partir de entonces, cambió mi vida para siempre.

—Ya me lo imagino.

—Pasé de ser el gordito de la clase, a ser el guaperas. Todas las chicas iban detrás de mí—afirmo con cierto orgullo.

—La mayoría de la gente es muy superficial. En mi opinión, ya eras

guapo antes, por dentro y por fuera.

Yo la miro, agradecido.

—Gracias por el cumplido.

—Sabes que hablo con sinceridad.

—Lo sé.

De repente, se hace el silencio entre nosotros, pero yo lo rompo enseguida.

—¿Y tú ligabas mucho en el instituto? —pregunto con curiosidad.

—Algo, pero no me interesaba ninguno.

Yo frunzo el ceño.

—¿Y eso?

Carla me mira con intensidad.

—Porque estaba enamorada de alguien.

En ese momento, el corazón me late de forma alarmante ante esas palabras. Parece que se me va a salir del pecho.

—¿Alguien que yo conozca?

Carla se ríe.

—Es un secreto—y a continuación, dibuja una sonrisa que me deja un tanto desarmado.

¿Por qué tanto misterio? Ahora no voy a dejar de pensar en el tema en toda la noche. Será mejor que cambie de tema, porque no es asunto mío.

—Mientras estabas fuera, ¿echaste de menos Madrid?

—Mucho. Aunque en Burgos tampoco estuve mal del todo. Tenía algunos amigos, un buen trabajo, un novio excelente, hasta que decidió engañarme, claro.

—Eso debió ser duro.

—Cierto. Pero creo que todo ocurre por una razón. Como cuando te cruzaste con Maco.

Yo asiento, pensativo.

—Eso es verdad. Quizás si no me hubiera cruzado con él a saber dónde estaría ahora.

—¿Eso quiere decir que vas a adoptarlo formalmente? —pregunta Carla, mirándome, esperanzada.

Yo suspiro y sonrío.

—Ya veremos—respondo, intentando jugar al misterio, igual que ella.

—Al menos ya no me das un no rotundo, con eso me conformo. Por cierto, ¿qué querías consultarme sobre Maco?

De repente, me pongo nervioso. Pensaba que ya se había olvidado de eso. Vaya, ahora no sé qué hacer. Debo inventarme algo.

—Pues ahora no me acuerdo, y mira que tenía dudas... ¿Postre?

Carla me mira, divertida.

—Sí, claro. Bueno, no importa. De todas formas, no hacía falta que te inventaras ninguna excusa para invitarme a cenar. Habría aceptado encantada.

Tiene toda la razón. Ahora que lo pienso, la verdad es que he sido un idiota por haber usado aquella excusa estúpida para invitarla a cenar.

—Lo siento. La próxima vez solo te invitaré a cenar y punto—digo, sonriendo.

Terminamos de cenar, y nos sentamos en el sofá, llevando cada uno su copa de vino rosado en la mano. La verdad es que habíamos estado bebiendo toda la velada, pero no parecía que el alcohol nos estuviera afectando demasiado.

—Oye, ¿a veces no te gustaría viajar atrás en el tiempo y volver a un punto concreto durante unos minutos? Por ejemplo, a un día de verano en el parque—comenta Carla.

Ante ese comentario, me surge una idea. Me levanto y voy a la estantería, donde tengo algunos álbumes de fotos. Cojo tres de ellos, y regreso al sofá. Carla me mira, un tanto sorprendida.

—Creo que esto servirá.

Abro uno de los álbumes, y empezamos a ojear las fotos. Todas eran de nuestra infancia, en el parque de Arriaga. En ellas salían compañeros de juegos, familiares y amigos. De esta manera, podíamos viajar en el tiempo. Mientras paso páginas, ambos sonreímos y comentamos lo que vemos en las fotografías.

—¡Mira! ¡Aquí está Michelangelo! —exclamo al ver a la tortuga de Carla, que aparecía en la foto paseando delante de nosotros en el césped.

Carla sonríe, y se acerca más a mí. Entonces, noto que mi pulso se acelera al sentir su calor corporal.

—¡Sí! Y mira, aquí están Manuela e Irene. ¿Cuándo se hizo esta foto?

Yo trago saliva, intentando concentrarme.

—Creo que Irene tenía once años.

Carla pasa la página, y señala otra foto, en la que aparecía toda la pandilla.

—Recuerdo esta. Fue aquel día, cuando me enfrenté a ese imbécil que se metió contigo.

Yo me encojo de hombros.

—Bueno, un imbécil más. Por aquella época, casi todo el mundo se metía conmigo.

Observo que Carla se pone seria.

—Pues a mí me parecías adorable. No sé qué narices le ocurría a todo el mundo. Sobre todo, a esa idiota de Paula. ¿No era capaz de ver lo maravilloso que eras? Esa chica estaba completamente ciega.

Yo dejo el álbum a un lado, me giro hacia Carla y la miro.

—¿Te parecía adorable?

Ella asiente.

—Sí. No solo me parecías adorable, me parecías maravilloso. Para mí, eras el mejor chico del mundo. Sobre todo, desde que me ayudaste aquella vez, cuando me torcí el tobillo. A partir de entonces, te convertiste en mi héroe y en el chico de mis sueños.

Me quedo totalmente sorprendido ante esa afirmación. De repente, empiezo a recordar aquella noche en la que me dio mi primer beso.

—Así que, aquella noche...

Carla se acerca más a mí. Ahora que la observo de cerca, parece moverse con cierta torpeza. Quizás el alcohol sí que le estuviera afectando.

—Aquella noche, ¿qué?

—Aquella noche me besaste. ¿Lo hiciste porque te gustaba?

Carla se pega más a mí, y ahora puedo sentir su cuerpo sobre el mío.

—Si te soy sincera, no recuerdo muy bien si te besé. Creo que necesito refrescar la memoria.

Dicho esto, me rodea la nuca con sus manos, se acerca más a mí, y me besa. Yo me entrego por completo, estrechándola entre mis brazos, apretando su cuerpo contra el mío. Nos besamos lentamente, pero después, introduzco mi lengua en su boca y ella me responde de forma apasionada, aferrándose más a mí. Siento un cosquilleo en mi vientre y noto como mi piel se eriza. Estoy perdiendo la noción del tiempo y del espacio. Entonces, ella se separa unos centímetros y dice, con la respiración entrecortada:

—Respondiendo a tu pregunta de antes. Sí, lo hice porque me gustabas.

—¿Y ahora? —pregunto yo.

—Porque me encantas—responde, sonriente.

Minutos después, estamos tumbados en la cama, besándonos apasionadamente. Acaricio sus suaves piernas envueltas en medias de color negro, y a continuación, empiezo a subir por su cintura y termino acariciando

su espalda.

Ella respira de forma entrecortada, mientras mordisquea mis labios, besa mis mejillas y mi cuello. De forma apresurada, empiezo a desabrocharme los botones de la camisa, y sonrío, pensando en lo que vendrá después.

De repente, me doy cuenta de que no estaba seguro de si aún me quedaba protección, así que me aparto un momento de ella, para mirar en el cajón de mi mesilla. Carla se queda a un lado de la cama, acostada, mientras yo abro el cajón. Afortunadamente, hay una caja llena de preservativos, así que no habría problema.

—Vale, podemos continuar...

En ese instante, compruebo que Carla se ha quedado dormida, acurrucada de costado. Yo suspiro, mirándola con ternura. Estaba preciosa ahí dormida, a mi lado. Parece ser que el alcohol le había hecho efecto, así que, no habría noche de pasión por el momento. Poco me importa. Ya soy feliz teniéndola allí conmigo. Habría más ocasiones como aquella.

Me tumbo a su lado, extendiendo mi brazo, y la acerco a mí. Ella se acomoda, apoyando su cabeza en mi pecho, mientras yo me inclino y le doy un beso en la frente. De repente, escucho el ruido de unas patas que vienen hacia la cama, y de un salto, Maco sube al colchón, y se coloca también a mi lado, acurrucándose en mi otro costado. Yo suspiro con resignación, y decido dejarle quedarse con nosotros por esta vez.

Miro al techo, pensativo. Tenía allí mismo lo que siempre había querido. Amor verdadero e incondicional. Maco y Carla me querían tal y como era, sin reservas.

Maco ya era un amigo inseparable, y aunque me enfadara con él a veces, su afecto no cambiaba, y siempre podía contar con él. Y Carla era esa valiente chica que me quería cuando era el gordito del grupo. Una mujer que fue capaz de ver lo que llevaba en mi interior, pasando por alto los cánones de belleza establecidos. No podía seguir negándolo. Estaba enamorado de Carla, y quería que tanto ella como Maco se quedaran conmigo para siempre.

Capítulo 11

Carla

Estoy durmiendo plácidamente cuando noto que alguien olisquea mi cara. Abro los ojos lentamente, y veo las patas de Maco posadas sobre la cama. Alzo la vista y observo que está allí, contemplándome. Me estiro y le acaricio la cabeza.

—Buenos días, pequeñín.

Maco recibe los mimos con gusto, y a continuación, se aparta y sale de la habitación. Me incorporo un poco, y miro alrededor. Estaba en casa de Jorge, pero no había ni rastro de él. Compruebo que llevo puesto el vestido, y me siento un poco desilusionada.

Estaba segura de que nos besamos, sin embargo, no fuimos más allá, eso estaba claro. Creo que tomé demasiadas copas de vino. ¡Mierda! Suspiro, decepcionada, y a continuación, me levanto. Voy al salón y allí encuentro mis zapatos. Maco está ahora en su cama, mordisqueando uno de sus juguetes.

Entro en la cocina, y me encuentro una nota en la encimera. La agarro entre mis manos y la leo.

<<Buenos días, preciosa. Siento no darte los buenos días en persona, pero tenía que ir al trabajo temprano. Hay café recién hecho, y en la encimera he dejado una bandeja con un surtido de bollos. ¡Sírvelo! Un beso, Jorge. P.D. Maco ya ha dado su paseo.>>

Sonríó como una tonta y suspiro enamorada. Mi Jorge es muy detallista. Compruebo que los bollos, entre los que hay croissants y napolitanas, están calientes. Seguramente, había ido a la pastelería a comprarlos expresamente para mí. En cuanto le vea, le voy a dar un buen achuchón. O lo que surja.

Me siento frente a la mesa del comedor, y empiezo a desayunar. La única pena que tengo es no haber estado despierta para darle un beso de despedida. Mientras desayuno, empiezo a pensar en lo que sucedió la noche anterior. Jorge es apasionado y tierno. Aún podía sentir el calor de su abrazo por todo mi cuerpo. Era un sueño hecho realidad.

Después de tantos años, no solo le seguía queriendo, sino que mi amor por él era aún más fuerte que antes. A pesar de su cambio físico, Jorge sigue siendo ese chico dulce e inseguro del que me enamoré siendo una niña.

Nada más verle en el gimnasio con esa camisa blanca, casi me desmayo de la impresión. Sin embargo, conseguí ser fuerte y fingir que tampoco estaba tan impresionada. Aunque sinceramente, Jorge me gustaba de cualquier forma.

Estaba decidido, hoy mismo le pediría que saliéramos en serio. Solo esperaba que no se hubiera sentido decepcionado conmigo por quedarme dormida cuando estábamos a punto de... ¡Ay, Dios! No quiero ni mencionarlo, porque mi corazón se acelera y siento que me tiemblan las piernas. Jorge me vuelve loca.

Miro el reloj y me doy cuenta de que, si no me daba prisa, llegaría tarde al trabajo. Así que, recojo todo, me arreglo y me despido de Maco antes de salir por la puerta. Cojo un taxi, y en menos de diez minutos, ya estoy entrando en la clínica. Luis me mira con curiosidad.

—¡Vaya! Así que la cosa fue bien.

Yo le miro, extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que llevas la misma ropa de ayer. Eso significa que has tenido una noche movidita—responde, guiñándome un ojo.

Yo pongo los ojos en blanco.

—No tienes remedio.

Entro en la consulta, cierro la puerta y me cambio, dejando el vestido metido en el armario. A lo largo de la mañana atendí a mis pacientes, mientras miraba de vez en cuando el teléfono para comprobar si había algún mensaje de Jorge. Pero nada, ni uno.

En cambio, Irene sí que me preguntó cómo fue todo anoche. Yo contesté brevemente, y ante esto, se presentó en la clínica al mediodía, para comer juntas en un bar cercano.

—Bueno, al grano. ¿Cómo fue la cosa anoche?

—Cenamos, charlamos y nos besamos.

Observo que Irene abre mucho los ojos.

—¿Os besasteis?

Yo asiento, sonriente.

—Sí, nos besamos.

En ese instante, Irene hace un movimiento con la mano, instándome a que le contara algo más.

—Y...

—Y ya está. Me quedé dormida debido a las tres copas de vino rosado que me había tomado, y se acabó todo.

Observo que mi amiga pone cara de decepción.

—Vaya, qué lástima. Pero bueno, ¿cómo fue el beso?

Yo entonces sonrío, soñadora.

—Besos, querrás decir. Los besos fueron apasionados, tiernos y muy románticos.

Irene sonrío.

—Me alegro mucho por vosotros. Pues nada, solo me queda darte la bienvenida a la familia.

—Todavía es pronto para eso.

—¿Por qué? Está claro que le gustas, si no, no te habría besado.

—Ya, pero eso no quiere decir que esté enamorado de mí, o que quiera algo serio.

—¡Tonterías! Conozco a Jorge, y sé que le gustas muchísimo.

Esto en cierta manera me tranquiliza, aunque prefiero no hacerme ilusiones.

—Igualmente, hoy voy a hablar con él para dejar las cosas claras.

Irene suspira.

—Recuerdo cuando me contaste que te gustaba, hace tantos años. No puedo creerme que por fin haya sucedido. Siempre supe que algún día, Jorge te miraría con otros ojos.

Yo entonces la miro, sorprendida.

—Es curioso que hables de estas cosas. Tú, que pasas de todo ese rollo del amor y el romanticismo.

—Bueno, hay cosas que están claras como el agua. Vosotros estáis hechos el uno para el otro. De todas formas, no pienso cambiar de idea. No me gusta el compromiso. Creo que enamorarme implicaría entregarme a alguien que me hará daño de forma totalmente innecesaria.

—Pero no puedes evitar el sufrimiento. A veces de un fracaso, sale algo bueno.

—Pues en mi caso no salió nada bueno. Al contrario, me di cuenta de que esto no es para mí, y que estoy mejor sola.

Yo suspiro con resignación. No me gusta que piense de esa forma tan radical.

—Te lo advierto, algún día conocerás a un hombre que te hará cambiar esas ideas que tienes en esa cabecita tuya. Ese tipo está por ahí, y algún día te cruzarás con él. Y sin darte cuenta, te enamorarás.

Irene se ríe.

—Sigue soñando.

Horas más tarde, regreso a casa, me doy una ducha caliente y me cambio. Me pongo unos vaqueros, una camiseta morada ajustada y un jersey de color gris. Una vez estoy lista, me miro al espejo y respiro hondo. Había llegado el momento de poner todas las cartas sobre la mesa, confesarle a Jorge todo lo que sentía, y proponerle que, de ahora en adelante, camináramos juntos por la vida. ¿Aceptaría?

Capítulo 12

Jorge

Me levanté temprano para ir al trabajo con mucha desgana, porque me daba una pena enorme tener que marcharme. Antes de irme, observé el rostro de Carla durante unos minutos, y suspiré con resignación. Quería estar más tiempo con ella, pero no podía ser.

Bajé a la pastelería a comprar bollos recién hechos para que desayunara, y saqué a Maco a dar un rápido paseo. Justo antes de irme, le di a Carla un beso en la mejilla, y mentalmente le dije las palabras que no me atrevía a pronunciar en voz alta: <<Te quiero>>.

No obstante, de hoy no pasaba. Iría a su casa a verla y le confesaría lo que siento por ella. Ya estaba todo claro y no había vuelta atrás. Quiero a Carla, y quiero que lo nuestro vaya en serio.

A pesar de haber hecho el juramento de que nunca me liaría con una amiga, no he podido cumplirlo. Porque, simplemente, uno no elige cuando ni de quién se enamora.

Una vez termina la primera clase de la mañana, algunas de mis alumnas se acercan a mí, mirándome con una sonrisa pícaro.

—Bueno, cuéntenos quién es la que está haciendo que la mirada se te ilumine—dice Remedios.

Yo sonrío. Era evidente que estaba contento.

—No la conocéis. Aunque yo la conozco desde hace mucho.

—Eso es como si no nos contaras nada. Danos más detalles—insiste Mercedes.

Yo suspiro con resignación.

—Se llama Carla, es tres años más joven que yo. La conozco desde la infancia, pero estuvimos muchos años sin vernos.

—¿A qué se dedica? —preguntó otra.

—Es veterinaria.

—¡Eso es estupendo! Así puedo llevar a mi gato Isidoro a un veterinario de confianza—dice Mercedes.

Yo me río ante el comentario.

—Pues nos alegramos mucho, ya era hora de que volvieras a enamorarte.

Te lo mereces. Además, se te nota en la cara que eres muy feliz—comenta Remedios.

Yo asiento, porque no puedo estar más de acuerdo.

—Sí, soy muy feliz. Aunque no sé si ella piensa lo mismo.

Todas me miran, extrañadas.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Remedios.

—Pues que todavía no le he pedido que salgamos.

Mercedes entonces agita la mano.

—Por eso no te preocupes. Eres un chico majísimo y guapísimo. Y estoy segura de que ella no te dirá que no.

Yo no respondo al comentario. Debía esperar la respuesta de Carla. Durante el resto del día, intento concentrarme en el trabajo para despejar la cabeza. Tengo muchas ganas de hablar con Carla y confesarle lo que siento.

Horas más tarde, termina la última sesión, y llega por fin la hora de irse a casa. Estoy recogiendo el equipamiento, cuando alguien toca el marco de la puerta de la sala.

—¿Estás ocupado?

Me giro y veo a Marisa, que me mira, expectante.

—No, pasa.

A continuación, se acerca a mí con una tímida sonrisa.

—¿Cómo va todo? —pregunta.

Yo dejo lo que estoy haciendo, y me pongo frente a ella.

—Bien, todo marcha bien. Ya me he enterado de lo tuyo con Marta.

—Sí, lo sé. Sé que nos viste en el pasillo. Bueno, hemos estado manteniendo esto en secreto, pero supongo que al final todo se sabe.

—No tenéis porqué esconderos.

Observo que Marisa se encoje de hombros.

—Lo sé, pero es que esto es nuevo para mí. No había salido con una mujer antes, y quería ir despacio. No es un simple rollo. Bueno, ya me entiendes.

Yo asiento, asumiendo que se refería a la noche que pasamos juntos.

—Te entiendo.

—Además, no sabía si podía molestarte.

Yo niego con la cabeza.

—Marisa, lo nuestro fue solo algo pasajero. Así que, por favor, no te preocupes. No me molesta en absoluto. Es más, deseo que seáis muy felices. Me alegro un montón por vosotras. Y si necesitáis algo, podéis contar

conmigo.

Ella me sonríe, aliviada.

—Gracias, Jorge, eres un tipo fantástico.  Te adoro!

En ese momento, se abalanza sobre mí y me abraza con ternura. Yo respondo a su abrazo del mismo modo, y sonrío. Otra nueva historia de amor comenzaba. Ahora solo esperaba tener la misma suerte que ella.

Me separo de Marisa y miro hacia la puerta en un acto reflejo. Entonces, veo a Carla mirándonos, un tanto sorprendida. No s  por qué, pero me entra un escalofrío.

—Lo siento, no sabía que estabas ocupado—dice con cierta frialdad en su voz. Esto no me gusta.

—Carla, no es lo que...

Ella sacude la cabeza y fuerza una sonrisa.

—Será mejor que me marche. Luego hablamos.

A continuación, se aleja de la puerta rápidamente, y yo salgo disparado detrás de ella, dejando sola a Marisa. Salgo del gimnasio, y veo a Carla andando a toda prisa por la calle. Corro hacia donde est , y consigo detenerla, poniéndome delante de ella.

—Carla, no es lo que piensas. No estábamos haciendo nada—afirmo con rotundidad.

Ella se encoge de hombros, algo que me deja desconcertado.

—No tienes que darme explicaciones. No hay nada entre nosotros. Solo fue un beso tonto, así que no le des más importancia de la que tiene. Además, no tengo interés en tener nada serio con nadie ahora mismo. Y ahora, si me disculpas, tengo prisa.

Dicho esto, se aleja de all , dejándome sin fuerzas. Noto que me fallan las piernas, así que me siento en un banco cercano. Mi corazón se parte en mil pedazos en ese momento, y me siento un verdadero estúpido por haber tenido esperanzas. Para Carla, todo había sido un juego, y yo me había creído que todo era real.

Aquellas inseguridades que creía superadas regresan a mí, envolvi ndome y asfixi ndome. Y aun así, en el fondo, quiero creer que sus palabras eran una enorme mentira, para protegerse a sí misma. Había sido un malentendido, pero ella ni siquiera había querido escucharme. Ya no había nada que hacer.

Regreso al gimnasio, y todos notan que algo no va bien, porque no dejan de preguntarme. Yo prefiero no contestar, porque aún me duele el rechazo de

Carla. Finalmente, me marchó a casa, para disfrutar de la compañía de Maco.

Llego a casa, sintiéndome totalmente derrotado. Maco no hace preguntas, obviamente, pero intuye que no estoy bien. Su única manera de mostrarme su apoyo es quedándose a mi lado, y traerme todos sus juguetes. Al menos sé que Maco siempre me dará su amor incondicional.

Capítulo 13

Carla

Apenas había dormido anoche debido a la tristeza y las lágrimas. Estaba destrozada. Todos aquellos sueños e ilusiones se habían desvanecido cuando vi a Jorge en brazos de esa mujer. Sabía quién era. Se trataba de Marisa, una chica con la que Jorge había salido una vez, según me explicó Manuela.

Él parecía estar encantado, recibiendo sus atenciones. Se notaba a la legua que se gustaban y su química era evidente. No tenía nada que hacer.

Sin pensarlo, salí corriendo, hasta que Jorge me alcanzó y me dio una excusa. La típica que siempre se da cuando te han pillado: No es lo que parece. Pero no iba a darle el gusto de verme llorar, así que mentí, haciéndome la fuerte y quitando importancia a lo que había sucedido entre nosotros.

Sin embargo, me desconcertó su cara de angustia. Creo que no se esperaba que yo fuera a rechazarle de una manera tan directa.

Era mejor así. De esa forma, sería más fácil poner tierra de por medio entre los dos. Aunque el dolor siguiera latente todavía.

Hoy tenía el día libre, así que podría llorar en casa tranquilamente, mientras me atiborraba de dulces y veía películas románticas. He bajado al supermercado y he comprado un surtido de patatas fritas, ganchitos y dulces de chocolate. Necesito comer para olvidar.

Llevo todo el día viendo comedias románticas protagonizadas por Julia Roberts y Jennifer Aniston. Veo todos aquellos finales felices con envidia y emoción, porque me habría encantado que mi historia con Jorge terminara así. Con un beso final y un felices para siempre.

Sin embargo, lo que prometía ser un día solitario, se iba a convertir en otra cosa.

Por la tarde, alrededor de las cuatro, Irene me llama y como no contesto, porque no me apetece hablar con nadie, decide presentarse en mi casa. Mi amiga es así, un ser impulsivo que no acepta un no por respuesta.

—¿Se puede saber qué narices ha ocurrido? —pregunta, molesta, mientras entra en casa.

—Buenos tardes a ti también—contesto con desgana.

Irene y yo nos sentamos en el sofá del salón. Afortunadamente, mis dos compañeras no están en casa, así que podemos discutir nuestros asuntos a solas.

—Cuéntame qué ha pasado.

Yo suspiro con resignación. No me apetecía hablar del tema, pero no me quedaba otra, porque Irene no iba a marcharse sin haberme sacado toda la información.

—Nada. Es solo que entre Jorge y yo ya no hay nada.

Observo que Irene cruza los brazos sobre su pecho y me mira con suspicacia.

—¿Y eso por qué?

—Porque él no está por la labor. Ayer le vi muy cariñoso con otra chica —respondo con cierta molestia.

—Eso me dijo Jorge. ¿Y por eso no quieres nada con él? ¿Por qué ha abrazado a otra?

Yo aprieto la mandíbula, enfadada.

—No se ha abrazado con cualquiera. Se trata de Marisa. Sé que tuvieron un lío, y se nota a la legua que aún se gustan.

De repente, Irene empieza a reírse, mientras yo la miro, sorprendida. ¿Qué le hace tanta gracia?

—Perdona que me ría, pero es que todo esto es muy absurdo. Creo que has llegado a una conclusión precipitada a ese respecto.

—¿Qué quieres decir?

—Que Marisa no está enamorada de Jorge. No hay nada entre ellos.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Porque conozco a su novia.

Me quedo estupefacta. ¿He oído bien? Porque no estoy muy segura.

—¿Has dicho su novia? —pregunto para asegurarme.

Irene asiente.

—Sí, su novia. Se llama Marta, es monitora en el gimnasio. Llevan poco tiempo saliendo. Ayer, Jorge y Marisa estaban hablando del tema, cuando llegaste tú.

Ahora mismo me siento la mujer más estúpida del mundo. Y todo por mis malditas inseguridades.

—¡Madre mía! ¡La que he liado! —exclamo, llevándome las manos a la cabeza.

—Pues sí. Jorge está hecho polvo por lo que le dijiste. ¿Por qué narices

le soltaste esa sarta de mentiras?

Yo suspiro con pesar.

—Porque estaba enfadada, y quise hacerme la fuerte.

—Yo he intentado convencerle de que aclare las cosas, pero cree que no le quieres.

Yo miro a Irene, frunciendo el ceño. ¿Cómo puede pensar Jorge eso?

—¡Por supuesto que le quiero!

—Bien, entonces, cámbiate y acompáñame—me ordena.

—¿Adónde vamos? —pregunto, inquieta.

—A arreglar este desastre.

Capítulo 14

Jorge

Es domingo, y estoy sentado en el sofá viendo la televisión. Aunque no me entero de nada. Llevaba toda la mañana sin saber muy bien lo que hacía. Iba distraído, haciendo las cosas de forma mecánica. Yo intentaba olvidarme del asunto que me ponía tan triste, pero era imposible. Maco está todo el tiempo a mi lado, dándome algún que otro lametón, como queriendo indicarme que no piensa dejarme solo con mi tristeza.

De repente, suena el teléfono, y veo que es Víctor.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

—Mal, sinceramente—contesto con desgana.

—Yo creo que deberías hablar con ella y aclararlo todo.

—¿Y de qué serviría? Ella me dejó bien claras las cosas.

—A lo mejor no lo dijo en serio. Quizás estaba disgustada.

Yo suspiro, hastiado.

—No lo sé. Pero, sinceramente, no tengo ganas de nada. Solo quiero que las horas pasen rápido y el día termine. Así puedo meterme en la cama, cerrar los ojos, y olvidarlo todo.

—Bueno, si quieres hablar, ya sabes dónde estoy.

Cuelgo y sigo a solas con mis pensamientos. Ya tuve una charla parecida con Irene la noche anterior, cuando, entre sollozos, le conté todo. Ella insistía en que debía aclarar el malentendido. Sin embargo, lo único que yo quería hacer era esconderme.

Por la tarde alrededor de las cuatro, salgo de casa y voy a dar un largo paseo con Maco. Mientras paseamos, él camina entusiasmado por el parque, mientras yo dejo que él me dirija. En un momento dado, suena mi teléfono. Veo que es Irene y lo cojo:

—¿Dónde estás?

—En la Quinta de los Molinos. ¿Por qué?

—Nos vemos ahora en la salida principal del parque.

Y dicho esto, cuelga. Yo, intrigado, me dirijo con Maco a la salida. Cuando ya estamos llegando, puedo ver a mi hermana a lo lejos, y me doy cuenta de que no está sola.

De repente, me detengo en seco y estrecho la mirada, comprobando si estoy teniendo alucinaciones. No hay duda. Carla está allí de pie, al lado de mi hermana, mirándonos. Al reconocerla, Maco tira de mí como un poseso, hasta que llegamos a donde ellas están.

Carla sonrío, y siento que me falta el aire. Maco recibe sus mimos, y le da un par de lametones en la cara. Me encantaría tener su coraje para hacer eso. Mi hermana me mira, sonriente, y me arrebató la correa, llevándose a Maco con ella.

—Os dejaremos solos para que podáis hablar.

Una vez se han marchado, Carla y yo nos miramos con timidez. El silencio reina entre nosotros, y yo empiezo a balancearme sobre mis talones, esperando a que algo ocurra.

—Quiero retirar todo lo que dije ayer y pedirte disculpas, Jorge. Saqué conclusiones precipitadas. Irene me lo ha explicado todo.

¡Bendita Irene! Ahora le debo un favor a mi hermana, porque, gracias a ella, Carla parece haber recapacitado.

—Sí, es cierto, sacaste conclusiones precipitadas. Entre Marisa y yo no hay nada—afirmo, contundente.

—Lo sé, y lo siento—responde.

Yo sonrío tímidamente, y la miro, esperanzado.

—Entonces, ¿aún tengo posibilidades?

Ella me sonrío, y siento mariposas revoloteando en mi estómago.

—Siempre las has tenido. Ayer dije eso en un momento de enfado. Es una sarta de mentiras. Yo te quiero, Jorge.

En este momento, el mundo acaba de desaparecer a nuestro alrededor, y noto cómo una sensación de increíble felicidad me invade por completo.

—Yo también te quiero. Y quiero que lo nuestro vaya en serio —asevero.

Ambos nos miramos, risueños.

—Entonces, si tú me quieres a mí y yo te quiero a ti, no nos queda otro remedio que estar juntos—dice Carla.

A continuación, me acerco a ella, acaricio su mejilla con una mano, mientras con la otra la agarro por la cintura, y finalmente, nos besamos. Despacio, disfrutando del momento. Ella rodea con sus brazos mi nuca, y suelto un suave gemido al sentir su cuerpo contra el mío. Aquel beso sellaba nuestro amor, y a partir de ese instante, empezábamos una nueva etapa. Mientras aún estamos abrazados, Carla se separa un poco.

—Pero hay una condición—me advierte.

—¿Cuál?

—Que Maco se quede con nosotros.

Yo entonces me río.

—Maco ya forma parte de esta familia desde el día en que le conocí. Así que no te preocupes.

Ella sonrío, y me besa de forma apasionada.

En este momento, no puedo evitar recordar aquella noche en la que Carla me dio mi primer beso. Ella ya me quería, y, sin embargo, yo no me di cuenta entonces de lo afortunado que era al tener el amor de esa chica tan especial, que ahora había aceptado ser mi novia.

—Siento haber tardado tanto—le digo, mirándola embelesado.

Carla se encoge de hombros, y me responde, mirándome a los ojos:

—Lo bueno se hace esperar.

Epílogo

Irene

Un año después...

Hoy es un día especial para todos, la culminación de una historia de amor que había tardado muchos años en tener su final feliz. Estamos en una finca especializada en bodas a las afueras de Madrid, en la zona norte. Es junio, y por fin, dos de las personas más importantes de mi vida van a unirse para siempre.

Jorge y Carla se casan hoy, y todos sus seres queridos estamos acompañándoles en este gran día. También está presente Maco, al que le habíamos puesto una pajarita para la ocasión. Está sentado al lado de mi abuelo, en primera fila. Mientras espero junto a mi hermano, que está muy nervioso, observo cómo Carla llega al altar del brazo de su padre con un precioso vestido blanco estilo princesa, que yo, por supuesto, le ayudé a elegir.

Observo a ambos, y compruebo que se miran con amor y ternura. No puedo evitar emocionarme ante este momento tan especial, y noto que mis ojos se humedecen un poco.

Y eso que a mí esto del romanticismo no me gusta. De repente, se agolpan los recuerdos en mi memoria. Recuerdo aquella vez que, en un momento de confidencias, Carla me confesó que quería a mi hermano, cuando ambas éramos tan solo unas niñas.

En aquel entonces, yo también creía en los cuentos de hadas, y esperaba a ese príncipe azul que ahora sabía con certeza que no existía. Sin embargo, ellos son unos auténticos príncipes de cuento, que por fin vivirán felices para siempre.

Hacen el intercambio de votos y de anillos, y finalmente, son declarados marido y mujer. Todos aplaudimos, y a continuación, nos dirigimos al salón donde tendrá lugar el convite. Charlamos, intercambiamos impresiones, contamos anécdotas, y llega el momento de los discursos.

Sí, Jorge y Carla querían que algunos de nosotros preparáramos un discurso donde contáramos algo sobre ellos. Y había llegado mi turno. Me levanto, agarro el micrófono, y empiezo a hablar.

—Carla y yo crecimos juntas. Recuerdo que nos conocimos un día, en el parque de Arriaga, a través de nuestras abuelas. A partir de entonces, nuestra amistad creció de forma natural y espontánea. Soñábamos con encontrar al príncipe azul y convertirnos en princesas de cuento. Mientras hablábamos de esas cosas, Carla ya había encontrado en Jorge a su príncipe, aunque al principio, mi hermano no se enteró de nada. Estuve a punto de comprar carteles luminosos para que se diera cuenta de que Carla estaba enamorada de él. —Esto hace que los asistentes se rían, y una vez vuelve el silencio, continuo—. Sin embargo, el tiempo pone las cosas en su sitio. De forma inesperada, y gracias a Maco, volvieron a encontrarse. Aunque no fue fácil al principio.

A veces nosotros mismos nos ponemos barreras y obstáculos invisibles, para evitar ciertas situaciones, porque nos da miedo expresar lo que sentimos. Pero finalmente, y gracias de nuevo a Maco y a una servidora, Jorge y Carla se unieron. Y ahora estamos aquí, celebrando su gran día. No puedo describir con palabras lo feliz que soy por ellos. Sé que todos compartís mi alegría. Solo espero que, no me hagáis caso cuando os diga que no existe el amor verdadero. Claro que existe, vosotros sois un ejemplo de ello. Es solo que, no todos creemos en los finales felices. Pero vosotros ya tenéis el vuestro.

Una vez he terminado mi discurso, alzo mi copa.

—Un brindis por Jorge y Carla. Gracias por dejarnos formar parte de este día tan especial.

Todos brindamos, y a continuación, recibo cálidos aplausos. Vuelvo a mi sitio, y retomo la charla con mis abuelos, que están sentados a mi lado. Maco está a mis pies, tumbado debajo de mi silla.

—Ha sido precioso—comenta mi abuela con los ojos humedecidos.

Yo sonrío, y le acarició la mejilla con ternura.

—Gracias.

—Ahora solo quedas tú. A ver cuando conoces a un buen chico y nos das una alegría—dice mi abuelo.

Yo me río ante la ocurrencia.

—Ya me extrañaba a mí que no me dijerais nada.

—Hombre, es que una chica tan mona como tú, con tu cabeza y tu forma de ser, no está bien que esté tan sola—afirma mi abuela.

—Estoy bien así, abuela.

—Bueno, pero el tiempo pasa y no quiero que te arrepientas.

—No lo creo. Además, creo que el matrimonio, incluso la pareja, es algo obsoleto. Yo nunca me casaré ni me enamoraré.

Observo que mis abuelos me miran horrorizados al principio, pero después mi abuela se pone seria y me dice:

—Ya lo veremos.

CONTINUARÁ...

Espero que te haya gustado. Si es así, por favor, deja tu puntuación y reseña en Amazon o Goodreads. Tu opinión cuenta.

NOTA DE LA AUTORA

A veces los escritores decidimos viajar en el tiempo, a momentos de nuestro pasado, donde guardamos recuerdos felices o tristes. En este caso, para crear esta bilogía, viajé al lugar donde pasé gran parte de mi infancia, a un humilde barrio de Madrid conocido entre sus habitantes como Barrio de Bilbao, una especie de pueblo pequeñito dentro de la gran ciudad donde todos nos conocíamos.

Esta idea surgió hace un tiempo, cuando regresé a Madrid en Navidad para ver a la familia, y tuve la oportunidad de dar largos paseos por mi viejo barrio. Sin más, se encendió la bombilla, y dos historias surgieron de golpe. Primero, la de Jorge y Carla.

Como Jorge, yo fui la gordita del grupo de amigos, y durante un tiempo, tuve mis inseguridades y mis complejos. Bueno, como todos los tenemos en algún momento de nuestra vida. Carla es esa chica que ha sido capaz de mirar más allá del físico, y siempre ha querido a Jorge tal y como es. Sí, porque existen personas que tienen una visión especial, y son capaces de ver lo que los demás pasamos por alto.

Y luego está el otro gran protagonista de esta historia. El increíble Maco, ese perrito al que un desalmado ha dejado abandonado en plena calle. Por desgracia, esta es una realidad cotidiana, y en mi caso, no fue distinto. Maco está inspirado en alguien real, mi fiel compañero perruno Bimbo. Como Maco, Bimbo fue abandonado, y mi pareja y yo decidimos adoptarlo. Ahora forma parte de nuestra familia. Podéis ver a Bimbo en la portada, ya que le he elegido como imagen de la bilogía.

Ahora solo os queda descubrir la historia de Irene.

SOBRE LA AUTORA

Andrea Muñoz Majarrez (Madrid, 1987) es escritora y traductora. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid, y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido. Es autora de **Corazones rebeldes** (Amazon, 2017), **Charlotte Beverly** (Penguin Random House, 2018), **Siempre estuve esperándote** (Amazon, 2018), **Un ramo de violetas** (Selecta, 2018) y **Alguien especial** (Amazon, 2018). Si quieres saber más sobre esta autora, visita su página oficial: corazonrebelde.com

[1] Miembro del grupo Backstreet Boys, que tuvieron mucho éxito a finales de los años 90 y principios de los 2000.

[2] Revista española para adolescentes, que ya no se publica en papel.